

# EL DESMORONAMIENTO DE LA HEGEMONÍA ESTADOUNIDENSE I

Las palabras «imperio» e «imperialismo» vuelven a estar, al parecer, de moda. Su regreso no se debe, *pace* John Ikenberry, al advenimiento de la «era unipolar estadounidense» en la que, «por primera vez en la era moderna, el Estado más poderoso del mundo puede operar en la escena global sin las restricciones de otras grandes potencias»<sup>1</sup>. Esa era comenzó con el colapso del bloque soviético en 1989, pero, durante toda la década de los noventa, la palabra que se oía en todas partes era «globalización», no imperio o imperialismo; y como indica el propio Ikenberry, el poder global sin paralelo de Estados Unidos se solía situar todavía bajo la rúbrica de «hegemonía». Hasta los pensadores críticos –incluidos muchos marxistas– encontraban poco útiles, desde el punto de vista analítico, los conceptos de imperio e imperialismo<sup>2</sup>. Tras la Guerra del Golfo de 1991 Bruce Cumings afirmó que habría sido preciso un microscopio electrónico para detectar el uso del término «imperialismo» para describir el papel de Estados Unidos en el mundo<sup>3</sup>. Era sin duda una exageración, pero contenía una parte importante de verdad.

Tampoco la publicación de *Imperio* en 2000 alteró significativamente esa situación, ya que la obra de Hardt y Negri simplemente reunía y daba un giro radical a las tesis centrales de la terminología globalizadora, incluida la idea de que, en las actuales condiciones de integración económica e informativa global, ningún Estado-nación, ni siquiera Estados Unidos, puede servir como centro de un proyecto imperialista. De hecho, Hardt y Negri presentaban el Imperio como una lógica y una estructura del dominio mundial antitéticas en aspectos claves al imperialismo que los marxistas habían teorizado en el siglo XX<sup>4</sup>.

---

<sup>1</sup> G. JOHN IKENBERRY, «Illusions of Empire: Defining the New American Order», *Foreign Affairs* (marzo-abril de 2004). Quiero agradecer aquí a André Gunder Frank, Antonina Gentile, Greta Krippner, Thomas Ehrlich Reifer, Mark Selden, Steve Sherman, Arthur Stinchcombe y Charles Tilly sus comentarios a otros artículos anteriores, parte de los cuales he incorporado a éste; a Benjamin Brewer y Beverly Silver sus aportaciones a este estudio; y a Ravi Palat su incesante bombardeo con pruebas a favor y en contra de mis tesis.

<sup>2</sup> LEO PANITCH y SAM GINDIN, «Global Capitalism and American Empire», en Leo Panitch y Colin Leys (eds.), *The New Imperial Challenge*, Londres, 2003, pp. 2-3.

<sup>3</sup> BRUCE CUMINGS, «Global Realm with no Limit, Global Realm with no Name», *Radical History Review* 57 (1993), pp. 47-48.

La ruptura real no tuvo lugar hasta 2001, cuando la Administración de Bush respondió a los acontecimientos del 11 de Septiembre adoptando un nuevo programa imperial, el Proyecto para un Nuevo Siglo Americano. Existe una curiosa similitud entre ese reflejo y las iniciativas que inauguraron sesenta años antes el primer siglo americano.

La Gran Depresión de la década de los treinta y el ascenso del fascismo en Europa y Japón convencieron a Roosevelt de que era precisa una *Pax Americana* para mantener la seguridad y prosperidad estadounidenses. Pero las corrientes no intervencionistas en política exterior eran difíciles de vencer mientras el pueblo estadounidense creyera que el aislamiento continental preservaba su seguridad. Franz Schurmann ha argumentado que, entre el estallido de la guerra europea y Pearl Harbor, «Roosevelt rezaba sin duda porque se produjera una demostración dramática de que no era así». Cuando sus plegarias recibieron respuesta, «Roosevelt aprovechó astutamente los sentimientos nacionalistas suscitados por Pearl Harbor para elaborar una ideología imperialista con la que prometía a los estadounidenses orden, seguridad y justicia»<sup>5</sup>.

Una vez concluida la Segunda Guerra Mundial, no obstante, los sentimientos aislacionistas se reafirmaron. Truman y Acheson sabían muy bien que las apelaciones a la *raison d'état* y a los intereses económicos estadounidenses no bastarían para superarlos. Al redactar el texto que se convertiría en la doctrina Truman, siguieron por eso el conspicuo consejo de Arthur Vandenberg de «aterrorizar al pueblo estadounidense» exagerando la idea de la amenaza comunista global<sup>6</sup>. Ese truco les permitió obtener el apoyo del Congreso para el plan Marshall, pero se necesitaba algo más para asegurar la financiación del rearme estadounidense y europeo a gran escala que preconizaba el Documento 68 del National Security Council, que Truman aprobó en principio en abril de 1950. El documento del NSC no ofrecía una cifra precisa, pero sus estimaciones sugerían gastos anuales tres veces mayores que los solicitados originalmente por el Pentágono para 1950:

La obtención de todo ese dinero de un Congreso presupuestariamente conservador, aun en nombre del anticomunismo, suponía una tarea nada fácil para la Administración. Se requería una situación de emergencia internacional, y desde noviembre de 1949 el secretario Acheson venía prediciendo que se produciría en 1950 en algún lugar de la costa asiática, en Corea, en Vietnam, en Taiwán o en las tres a la vez. Dos meses después de que el presidente examinara el NSC-68 se produjo la crisis. Como diría después Acheson, «sucedió lo de Corea y nos salvó»<sup>7</sup>.

<sup>4</sup> Michael HARDT y Antonio NEGRI, *Empire*, Cambridge (MA), 2000, pp. xiv, 327-332 [ed. cast., *Imperio*, Barcelona, Paidós, 2002]. Se pueden consultar distintas valoraciones críticas de ese libro en Gopal BALAKRISHNAN, *Debating Empire*, Londres, 2003.

<sup>5</sup> Franz SCHURMANN, *The Logic of World Power: An Inquiry into the Origins, Currents, and Contradictions of World Politics*, Nueva York, 1974, pp. 40-41.

<sup>6</sup> Thomas McCORMICK, *America's Half-Century: United States Foreign Policy in the Cold War*, Baltimore, 1989, pp. 77-78.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 98.

Resulta difícil decir qué es lo que pidió Bush al cielo durante los ocho meses transcurridos entre su entrada en funciones como presidente y el 11 de Septiembre, pero sabemos que los promotores del Proyecto para un Nuevo Siglo Americano y su Administración aguardaban una oportunidad para poner en práctica la nueva estrategia imperial en la que venían trabajando desde hacía tiempo<sup>8</sup>. Los primeros meses del mandato presidencial no fueron propicios, pero, parafraseando a Acheson, Bin Laden «los salvó». Como ha señalado Michael Mann, les proporcionó tanto «la capacidad de movilización popular como los objetivos»<sup>9</sup>. La amenaza de los «fundamentalistas» musulmanes y de los «Estados delincuentes» se convirtió en el nuevo factor de intimidación para aterrorizar al pueblo estadounidense y obtener un respaldo casi unánime del Congreso para la invasión de Iraq que Cheney, Rumsfeld y Wolfowitz habían preconizado durante gran parte de la década anterior<sup>10</sup>.

Es esta evolución de los acontecimientos la que ha resucitado las palabras «imperio» e «imperialismo» para describir el proyecto imperial emergente de Estados Unidos. Muchos críticos han señalado que la política adoptada por la Administración de Bush como respuesta al 11 de Septiembre constituía un proyecto particularmente irreal y torpe de supremacía global, y que si fracasaba en sus objetivos los términos «imperio» e «imperialismo» perderían valor tan pronto como lo habían ganado<sup>11</sup>. Sin embargo, cabe esperar que las circunstancias sociales, políticas y económicas que propiciaron la elaboración del Proyecto para un Nuevo Siglo Americano y su adopción como política oficial estadounidense se mantengan de un modo u otro.

El propósito de este artículo es alcanzar cierta comprensión de cuáles podrían ser esas circunstancias y cómo pueden cambiar bajo el impacto de la Guerra contra el Terrorismo. Resulta de particular interés examinar hasta qué punto y en qué sentido se relacionan el Proyecto de Nuevo Siglo Americano y su adopción por la Administración de Bush con la turbulencia de la economía política global desde 1970. En un artículo anterior sobre este tema

---

<sup>8</sup> Véanse los detalles del Proyecto en <[www.newamericancentury.org](http://www.newamericancentury.org)>. Sobre el ascenso al poder de sus promotores, véase Arthur SCHLESINGER, «The Making of a Mess», *New York Review of Books* (22 de septiembre de 2004), pp. 40-43.

<sup>9</sup> Michael MANN, *Incoherent Empire*, Londres, 2003, p. 9 [ed. cast.: *El imperio incoherente*, Barcelona, Paidós, 2004].

<sup>10</sup> Sobre la decisión de los neoconservadores de ir a la guerra contra Iraq, tomada mucho antes del 11 de Septiembre, véanse Ron SUSKIND, *The Price of Loyalty: George W. Bush, the White House, and the Education of Paul O'Neill*, Nueva York, 2004 y Richard CLARKE, *Against All Enemies: Inside America's War on Terror*, Nueva York, 2004. Clarke informa sobre las reuniones ahora famosas (e infames) del gabinete en las que, cuando todavía no habían pasado veinticuatro horas desde los ataques, Rumsfeld señaló que no había «blancos decentes que bombardear en Afganistán» y que, por lo tanto, «deberíamos considerar, en cambio, el bombardeo de Iraq» porque allí había «mejores blancos».

<sup>11</sup> Véanse, entre otros, Emmanuel TODD, *After the Empire: The Breakdown of the American Order*, Nueva York, 2003 [ed. cast.: *Después del Imperio*, Madrid, Foca, 2003]; George SOROS, *The Bubble of American Supremacy: Correcting the Misuse of American Power*, Nueva York, 2004 [ed. cast.: *La burbuja de la supremacía norteamericana*, Barcelona, Debate, 2004] y M. Mann, *Incoherent Empire*, cit.

concluía subrayando la naturaleza contradictoria de la reanimación experimentada por la suerte económica y política de Estados Unidos y el capitalismo estadounidense durante la década de los noventa<sup>12</sup>, pero dejaba abierta la cuestión de qué es lo que se podía derivar de esas contradicciones: en primer lugar y ante todo, de un aumento de la deuda externa estadounidense que carece de precedentes en la historia mundial. Tampoco me ocupé de la cuestión de las relaciones, si es que las hay, entre esas contradicciones y el surgimiento de un nuevo proyecto imperial estadounidense.

Para tratar esas cuestiones, comenzaré examinando la interpretación que ofrece David Harvey de las relaciones entre el imperialismo y la desigualdad espacial y temporal del desarrollo capitalista, centrándome específicamente en las ideas de «solución espacial» y «acumulación por desposesión»<sup>13</sup>.

A continuación mostraré cómo se ha desenvuelto el proyecto imperial neoconservador en los dos años transcurridos desde que se publicó el libro de Harvey, socavando en lugar de reforzar la hegemonía estadounidense. En la segunda parte de este artículo, que se publicará más adelante, me ocuparé de los conceptos de «solución espacial» y «acumulación por desposesión» para ofrecer mi propia interpretación de las relaciones entre capitalismo e imperialismo, en un lapso temporal considerablemente más amplio. Concluiré mostrando que esta interpretación nos permite resolver el enigma de por qué tuvo tanto éxito «terrorizar al pueblo estadounidense» para facilitar el establecimiento de la hegemonía de Estados Unidos a raíz de la Segunda Guerra Mundial, aunque ahora, con toda probabilidad, contribuirá a poner fin a la misma.

## I. ORÍGENES DEL IMPERIALISMO NEOCONSERVADOR

«Imperialismo es una palabra que se suele pronunciar con ligereza.» Como John Hobson hace un siglo, Harvey señala que ese término ha asumido tan-

<sup>12</sup> Giovanni ARRIGHI, «The Social and Political Economy of Global Turbulence», *NLR* 20 (marzo-abril de 2003), pp. 5-71 [ed. cast.: «La economía social y política de la turbulencia global», *NLR* 20 (mayo-junio de 2003), pp. 5-68]. Los dos libros de Robert Brenner examinados críticamente en ese artículo eran «The Economics of Global Turbulence: A Special Report on the World Economy, 1950-98», *NLR* 1/229 (mayo-junio de 1998) [de próxima aparición en «Cuestiones de antagonismo», Akal], y *The Boom and the Bubble: the US in the World Economy*, Londres, 2002 [ed. cast.: *La expansión económica y la burbuja bursátil*, Madrid, Akal, 2003].

<sup>13</sup> David HARVEY, *The New Imperialism*, Oxford, 2003 [ed. cast.: *El nuevo imperialismo*, Madrid, Akal, 2004]. En este artículo desarrollo un análisis del ascenso y ostensible declive del proyecto imperial neoconservador que coincide en parte pero también difiere del de Harvey. Cuando me envió las Clarendon Lectures que se convirtieron más tarde en *El nuevo imperialismo*, las presentaba como «una especie de desarrollo *ex post facto*» de un seminario que habíamos dirigido conjuntamente en la Universidad Johns Hopkins: «Lo que debería haber dicho pero no pude y, en cualquier caso, el desastre del momento no nos ayudaba a clarificar las ideas». En este artículo digo, a mi vez, lo que debería haber dicho, pero no pude, con la doble ventaja de contar con el análisis de Harvey como base y con dos años más de «desastre contemporáneo» para aclarar las ideas.

tos significados diferentes que su uso analítico, más que polémico, requiere cierta clarificación<sup>14</sup>. Su significado más general es una extensión o imposición del poder, autoridad o influencia de un Estado sobre otros Estados o pueblos sin Estado. Así entendido, el imperialismo ha existido desde hace mucho tiempo y bajo gran variedad de formas, pero lo que tenemos que investigar es el tipo especial de imperialismo que Harvey llama «imperialismo capitalista» o «imperialismo de tipo capitalista», a fin de entender por qué la mayor potencia capitalista de la historia, Estados Unidos, ha desarrollado un aparato militar de destructividad sin paralelo y sin precedentes y ha mostrado una gran inclinación a aplicarlo tratando de materializar el proyecto más ambicioso de dominación mundial jamás concebido.

### *Lógica del territorio y lógica del capital*

Harvey define el imperialismo de tipo capitalista como una «fusión contradictoria» de dos componentes: «la política estato-imperial» y «los procesos moleculares de acumulación de capital en el espacio y en el tiempo». El primer elemento se refiere a «las estrategias políticas, diplomáticas y militares empleadas por un Estado (o una coalición de Estados que opera como bloque de poder político) en defensa de sus intereses y para alcanzar sus objetivos en el conjunto del planeta». Esa lucha se ve impulsada por una «lógica territorial del poder», esto es, una lógica basada en el control sobre un territorio y la capacidad de movilizar sus recursos humanos y naturales. El segundo elemento, en cambio, se refiere a los flujos de poder económico «que atraviesan un espacio continuo, y por ende las entidades territoriales [...] mediante las prácticas cotidianas de la producción, el comercio, los movimientos de capital, las transferencias monetarias, la migración de la fuerza de trabajo, las transferencias tecnológicas, la especulación monetaria, los flujos de información, los estímulos culturales y otros procesos similares». La fuerza impulsora de esos procesos es una «lógica capitalista del poder», esto es, una lógica en la que el control sobre el capital económico constituye la base de la búsqueda de poder<sup>15</sup>.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 26 [*ibid.*, p. 39]. Sobre la definición clásica de Hobson del imperialismo y su utilidad para distinguir analíticamente los diferentes (y aun opuestos) significados que el término ha asumido históricamente, véase Giovanni ARRIGHI, *The Geometry of Imperialism* [1978], Londres, 1983 [ed. cast.: *La geometría del imperialismo*, México DF, Siglo XXI, 1979].

<sup>15</sup> D. Harvey, *op. cit.*, pp. 26-27 [*op. cit.*, pp. 39-40]. Harvey alude a mi distinción entre una lógica del poder capitalista y otra territorialista (G. Arrighi, *The Long Twentieth Century: Money, Power, and the Origins of our Times*, Londres, Verso, 1994, pp. 33-34 [ed. cast., *El largo siglo xx. Dinero y poder en los orígenes de nuestra época*, Madrid, Akal, 1999, pp. 49-50]). Pero su uso de esa distinción difiere del mío en dos aspectos importantes: en el suyo, la lógica territorialista corresponde a políticas impulsadas por el Estado, mientras que la lógica capitalista se refiere a la política de la producción, el intercambio y la acumulación. En el mío, en cambio, ambas lógicas corresponden en primer lugar y ante todo a políticas asumidas por el Estado. Además, Harvey parece suponer que todos los procesos de mercado (incluidos comercio, migración de la fuerza de trabajo, las transferencias tecnológicas, los flujos de información, etc.) se ven impulsados por una lógica capitalista. Yo no supongo eso. Como veremos en la Segunda Parte, estas diferencias provienen de un balance histórico de las relaciones entre capitalismo y prácticas imperialistas que se aleja en aspectos clave del de Harvey.

La fusión de estos elementos es siempre problemática y a menudo contradictoria (esto es, dialéctica). Ninguna de estas dos lógicas puede reducirse a la otra. Así, «resultaría difícil explicar la guerra de Vietnam o la invasión de Iraq, por ejemplo, únicamente en términos de las necesidades inmediatas de la acumulación de capital», porque se puede argumentar plausiblemente que «tales aventuras inhiben más que favorecen el desarrollo del capital». Por la misma razón, no obstante, «tampoco es fácil explicar la estrategia territorial genérica de contención del poder soviético tras la Segunda Guerra Mundial –la misma que propició la intervención estadounidense en Vietnam– sin reconocer la necesidad imperiosa que sentían los empresarios estadounidenses de mantener abierta a la acumulación del capital mediante la expansión del comercio y la inversión en el extranjero una parte del mundo lo más extensa posible»<sup>16</sup>.

Aunque las lógicas territorial y capitalista del poder no se puedan reducir una a otra, y a veces sea la lógica territorial la que se sitúa en primer plano, «lo que distingue al imperialismo de tipo capitalista de otras variantes es que en él predomina típicamente la lógica capitalista». Pero, si es así, «¿cómo puede responder la lógica territorial del poder, que tiende a permanecer embarazosamente fija en el espacio, a la dinámica espacial abierta de la acumulación incesante de capital?». Y, si la hegemonía en el seno del sistema global corresponde a un Estado o un conjunto de Estados, «¿cómo se puede utilizar la lógica capitalista para mantener esa hegemonía?»<sup>17</sup>. Harvey considera estas preguntas especialmente apremiantes a la vista de las perspicaces observaciones, aunque quizá algo funcionalistas, de Hannah Arendt con respecto a las relaciones entre la acumulación de capital y la acumulación de poder. Como dice Arendt en *Los orígenes del totalitarismo*:

La insistencia de Hobbes en el poder como motor de todas las cosas humanas [...] provenía de la proposición teóricamente indiscutible de que una acumulación sin fin de propiedad debe basarse en una acumulación sin fin de poder [...]. El proceso infinito de acumulación de capital *necesita* la estructura política de una «potencia tan ilimitada» que pueda proteger una propiedad cada vez mayor haciéndose cada vez más poderosa [...]. Este proceso de acumulación sin fin de poder, *necesario* para proteger una acumulación sin fin de capital, determinó la ideología «progresista» de finales del siglo XIX y prefiguró el ascenso del imperialismo<sup>18</sup>.

Harvey afirma que la observación teórica de Arendt corresponde «precisamente» a mi propia presentación empírica de la sucesión de organizaciones que han promovido y mantenido la formación de un sistema capitalista mundial, desde las ciudades-Estado italianas hasta la fase de

<sup>16</sup> D. Harvey, *op. cit.*, pp. 29-30 [*op. cit.*, p. 41].

<sup>17</sup> *Ibid.*, pp. 33-34 [*ibid.*, p. 43].

<sup>18</sup> Hannah ARENDT, *The Origins of Totalitarianism*, Nueva York, 1966, p. 143 [ed. cast.: *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Taurus, 1998]. He puesto en cursiva «necesita» y «necesario» para subrayar, con vistas a futuras referencias, la naturaleza funcionalista de la afirmación de Arendt.

hegemonía estadounidense, pasando por las hegemonías holandesa y británica:

Del mismo modo que a finales del siglo xvii y comienzos del xviii la función hegemónica desempeñada por las Provincias Unidas excedía el tamaño y los recursos de un Estado como el holandés, a principios del siglo xx esa función resultaba excesiva para un Estado del tamaño y los recursos del Reino Unido. En ambos casos, la función hegemónica recayó en un Estado, el Reino Unido en el siglo xviii y Estados Unidos en el xx, que ya disfrutaba de una «renta de protección» sustancial, es decir, ventajas únicas de costes asociadas con la insularidad geoestratégica, absoluta o relativa [...]. Pero ese Estado, en ambos casos, tenía también el peso suficiente en la economía-mundo capitalista para poder alterar el equilibrio de poder vigente entre los Estados competidores en cualquier dirección que considerase oportuna. Y dado que la economía-mundo capitalista se había expandido considerablemente a lo largo del siglo xix, el territorio y los recursos necesarios para convertirse en una potencia hegemónica a principios del siglo xx eran considerablemente mayores que en el xviii<sup>19</sup>.

### ¿De la hegemonía al puro dominio?

A la luz de estas observaciones teóricas y empíricas, Harvey reformula sus preguntas respecto a la relación existente entre las lógicas territorial y capitalista aludiendo específicamente al estado actual de la hegemonía estadounidense. En primer lugar, ¿conduce inevitablemente el intento de los Estados hegemónicos de mantener su posición en relación con la acumulación sin fin de capital a extender, expandir e intensificar su poder militar y político hasta un punto que pone en peligro la propia posición que están tratando de mantener? En segundo lugar, ¿no está cayendo Estados Unidos en esa trampa, pese a la advertencia efectuada por Paul Kennedy en 1987 de que la expansión excesiva se ha demostrado una y otra vez como el talón de Aquiles de los Estados e imperios hegemónicos?<sup>20</sup> Y, por último:

Si Estados Unidos ya no es por sí mismo suficientemente extenso y dotado de recursos para controlar la economía mundial considerablemente expandida del siglo xxi, ¿qué tipo de acumulación de poder político, y bajo qué tipo de organización política, será capaz de ocupar su lugar, dado que el mundo sigue todavía empeñado en una acumulación sin límite de capital?<sup>21</sup>

---

<sup>19</sup> G. Arrighi, *The Long Twentieth Century*, cit., p. 62 [*El largo siglo XX*, p. 81]. Reproducido en D. Harvey, *op. cit.*, p. 35 [*op. cit.*, p. 44]. Mis observaciones empíricas fueron hechas independientemente de las afirmaciones teóricas de Arendt. Agradezco a Harvey haber señalado la relación entre unas y otras.

<sup>20</sup> Paul KENNEDY, *The Rise and Fall of the Great Powers: Economic Change and Military Conflict from 1500 to 2000*, Nueva York, 1987 [ed. cast.: *Auge y caída de las grandes potencias*, Madrid, Globus Comunicación, 1994].

<sup>21</sup> D. Harvey, *op. cit.*, p. 35 [*op. cit.*, p. 45].

La respuesta de Harvey a la primera pregunta es que la adopción por la Administración de Bush del Proyecto de Nuevo Siglo Americano constituye de hecho un intento de mantener la posición hegemónica de Estados Unidos bajo las condiciones de una integración económica global sin precedentes, creada por la acumulación sin fin de capital a finales del siglo xx. Siguiendo a Neil Smith, Harvey subraya la continuidad semántica entre el influyente editorial de Henry Luce en un número de la revista *Life* de 1941 titulado «The American Century» y el actual proyecto del «nuevo siglo americano». En ambos casos se atribuye a Estados Unidos un poder global y universal, más que específicamente territorial. De ahí la preferencia por el término «siglo», en lugar de «imperio». Como señala Smith:

Mientras que el lenguaje geográfico de los imperios sugiere una política cambiante –los imperios ascienden y caen y pueden verse desafiados– el «siglo americano» sugiere un destino inevitable. Esa expresión de Luce permitía eludir cualquier objeción política sobre el dominio estadounidense. ¿Cómo se desafía un siglo? El dominio global estadounidense aparecía como resultado natural del progreso histórico, como pináculo de la civilización europea, más que como resultado de la pugna por el poder político-económico. Su advenimiento era tan inevitable como el de un siglo tras otro. En la medida en que estaba más allá de la geografía, el siglo americano quedaba más allá del imperio y de la reprobación<sup>22</sup>.

Sin embargo, el siglo americano no estaba, evidentemente, más allá de la geografía, y la probabilidad de que un segundo suceda al primero son escasas, por decirlo suavemente. La razón principal para que ello sea así, como veremos, se halla en la lógica capitalista de poder. Pero incluso desde la lógica territorial de poder, el Proyecto para un Nuevo Siglo Americano y la obsesión de sus promotores por Iraq y el oeste de Asia constituyen un planteamiento de alto riesgo para mantener la dominación estadounidense. Como señala Harvey, si Estados Unidos consiguiera estabilizar un régimen amistoso en Iraq, pasar de ahí a Irán y consolidar su presencia estratégica en Asia central controlando así las reservas de petróleo de la cuenca del Caspio, «dispondría de tal autoridad sobre la espita global del petróleo que podría imponer sus intereses a la economía global y prolongar su propio dominio durante otros cincuenta años». Dado que todos los competidores económicos de Estados Unidos, tanto en Europa como en Asia oriental, dependen del petróleo de Asia occidental,

¿Qué mejor medio podría emplear Estados Unidos para eludir esa competencia y asegurar su propia posición hegemónica que controlar el precio, producción y distribución del recurso económico clave del que dependen sus competidores? ¿Y qué mejor medio para conseguirlo que aquel en el que Estados Unidos sigue siendo todavía todopoderoso, la fuerza militar?<sup>23</sup>

<sup>22</sup> Neil Smith, *American Empire: Roosevelt's Geographer and the Prelude to Globalization*, Berkeley, 2003, p. 20.

<sup>23</sup> D. Harvey, *op. cit.*, pp. 24-25, 77-78 [*op. cit.*, pp. 36-37 y 72].



Pero, aun si tal estrategia pudiera triunfar militarmente –lo que ya es suponer–, eso no sería suficiente para mantener la posición hegemónica de Estados Unidos. Así, en vísperas de la invasión de Iraq, el ideólogo liberal-imperialista Thomas Friedman argumentó en *The New York Times* que no había «nada ilegítimo ni inmoral en que Estados Unidos quiera evitar que un dictador malvado y megalomaniaco adquiriera una influencia decisiva sobre el recurso natural que mantiene en movimiento la infraestructura industrial del mundo». Pero Estados Unidos debía ser cuidadoso con la opinión pública y convencer a todos de que su intención es «proteger el derecho del mundo a la supervivencia económica» y de que «actúa en beneficio del planeta, no sólo para preservar el despilfarro estadounidense. [...] Si ocupamos Iraq e instalamos simplemente a un autócrata más proestadounidense para dirigir la gasolinera iraquí (como sucede en otros Estados petrolíferos árabes), entonces esta guerra, motivada en parte por el petróleo, sería inmoral»<sup>24</sup>.

Harvey aprovecha la argumentación de Friedman para ilustrar la diferencia entre la hegemonía en el sentido gramsciano y la pura dominación. Como expuse en otro lugar, para Gramsci la hegemonía es el poder *adicional* del que goza un grupo dominante en virtud de su capacidad para impulsar la sociedad en una dirección que no sólo sirve a los intereses de tal grupo, sino que también es entendida por los grupos subordinados como conforme a un interés más general. Es el concepto inverso de «deflación de poder» utilizado por Talcott Parsons para designar situaciones en las que el control gubernamental no se puede ejercer sino mediante el uso generalizado o la amenaza de la fuerza. Si los grupos subordinados tienen confianza en sus gobernantes, el sistema de dominación se puede ejercer sin recurrir a la coerción, pero cuando esa confianza se desvanece ya no puede hacerlo. Por la misma razón, la noción gramsciana de hegemonía puede entenderse como la «inflación de poder» que deriva de la capacidad de los grupos dominantes para hacer creer que su dominio sirve no sólo a sus intereses sino también a los de los subordinados. Cuando esa credibilidad falta o se desvanece, la hegemonía pasa a ser pura dominación, o lo que Ranajit Guha ha llamado «dominio sin hegemonía»<sup>25</sup>.

## Liderazgo de suma cero

Siempre que hablemos de liderazgo en un contexto nacional, como hace Gramsci, el aumento del poder de un Estado frente a otros Estados será un elemento importante –y hasta cierto punto un índice– de la prosecución con éxito del interés general (esto es, «nacional»). Pero, cuando hablamos

<sup>24</sup> Thomas FRIEDMAN, «A War for Oil?», *The New York Times* (5 de enero de 2003); citado en D. Harvey, *op. cit.*, p. 24 [*op. cit.*, p. 36].

<sup>25</sup> Giovanni ARRIGHI y Beverly J. SILVER, «Capitalism and World (Dis)Order», *Review of International Studies* 27 (2001), pp. 26-27; Talcott PARSONS, «Some Reflections on the Place of Force in Social Process», en Harry Eckstein (ed.), *Internal War*, Nueva York, 1964, pp. 33-70; Ranajit GUHA, «Dominance Without Hegemony and its Historiography», en R. Guha (ed.), *Sulbaltern Studies VI*, Nueva Delhi, 1992, pp. 231-232.

de liderazgo en un contexto internacional, para designar el hecho de que un Estado dominante impulsa el *sistema* interestatal en la dirección que desea, el «interés general» no se puede definir en términos del aumento de poder de un Estado individual sobre los demás, porque por definición este poder no puede aumentar para el conjunto del sistema. Ahora bien, sí puede identificarse un interés general para todo el sistema distinguiendo entre los aspectos «distributivo» y «colectivo» del poder. El primero se refiere a un juego de suma cero en el que un agente sólo puede ganar poder si otros lo pierden. El aspecto colectivo del poder, en cambio, se refiere a un juego de suma positiva en el que la cooperación entre distintos agentes incrementa su poder sobre terceros o sobre la naturaleza. Así, mientras que el interés general del sistema interestatal no se puede definir a partir de cambios en la distribución de poder entre ellos, sí se puede definir en términos de un incremento del poder colectivo sobre terceros o sobre la naturaleza de los grupos dominantes de todo el sistema<sup>26</sup>.

Coincidiendo con esa adaptación del concepto gramsciano de hegemonía a las relaciones interestatales, Harvey señala que durante el último medio siglo Estados Unidos ha recurrido con frecuencia a medios coercitivos para subyugar o eliminar a grupos antagonistas en el propio país y —especialmente— en el exterior. Sin embargo, «la coerción o liquidación del enemigo sólo fue una base parcial del poder estadounidense, que en ocasiones se mostró contraproducente». Una base igualmente indispensable era la capacidad de Estados Unidos de movilizar internacionalmente el consentimiento y la cooperación, actuando de forma que resultara al menos plausible la proclamación de que Washington actuaba en nombre del interés general, aun cuando realmente estuviera privilegiando estrechos intereses estadounidenses. A este respecto, como escribe Harvey:

La Guerra Fría proporcionó a Estados Unidos, como es obvio, una oportunidad sin par. Estados Unidos, dedicado a la acumulación incesante de capital, estaba dispuesto a ejercer el poder político y militar necesario para defender y promover ese proceso en todo el planeta contra la amenaza comunista. Los propietarios privados de todo el mundo podrían apoyar a ese poder y unirse y cobijarse tras él, enfrentados a la perspectiva del socialismo internacional [...]. Aunque sabemos lo bastante sobre los procesos de toma de decisiones en la política exterior seguida durante la época de Roosevelt-Truman y desde entonces, para concluir que Estados Unidos siempre antepuso sus propios intereses, en muchos países afluyeron suficientes beneficios a las clases propietarias como para hacer creíble la proclamación estadounidense de que actuaba en nombre del interés universal (léase de los «propietarios») y para mantener a los grupos subalternos (y Estados clientes) agradecidamente alineados tras él<sup>27</sup>.

<sup>26</sup> G. Arrighi y B. Silver, «Capitalism and World (Dis)Order», cit., pp. 27-28. Sobre la distinción entre aspectos distributivos y colectivos del poder, véase Talcott PARSONS, «The Distribution of Power in American Society», *Structure and Process in Modern Societies*, Nueva York, 1960, pp. 199-225.

<sup>27</sup> D. Harvey, *op. cit.*, pp. 39-40 [*op. cit.*, p. 48].

La Administración de Bush y los promotores de un segundo siglo americano han hecho evidentemente todo cuanto podían por persuadir al mundo de que, al invadir Iraq, Estados Unidos actuaba «en beneficio del planeta, y no sólo para preservar el despilfarro estadounidense», como sugería Friedman; pero el fracaso en obtener un apoyo internacional significativo para la invasión sugiere que gran parte del mundo creía otra cosa. Desde un principio, el problema principal no era que las «armas de destrucción masiva» o la «conexión Iraq-Al Qaeda» carecieran de credibilidad, sino más bien que la invasión se inscribía en un proyecto político más amplio de dominio global estadounidense que privilegiaba explícitamente los aspectos distributivos del poder por encima de los colectivos. El intento de poner en práctica el plan mediante la decisión unilateral de invadir Iraq, argumenta Harvey, «creó, a comienzos de 2003, un brote conjunto de resistencia en Francia, Alemania y Rusia, respaldado incluso por China». Ese alineamiento político repentino permitió «apreciar los borrosos perfiles del bloque de poder euroasiático que Halford Mackinder presentaba, hace ya mucho tiempo, como candidato probable al dominio geopolítico del mundo»<sup>28</sup>.

A la luz de los permanentes temores de Washington de que llegara a materializarse tal bloque, la ocupación de Iraq cobra un significado más amplio:

No sólo constituye un intento de controlar el grifo global del petróleo y con él la economía global mediante el dominio sobre Oriente Medio, sino también una potente cabeza de puente militar de Estados Unidos en la masa territorial euroasiática, que unida a sus alianzas desde Polonia hasta los Balcanes le proporciona una poderosa situación estratégica en Eurasia, con la posibilidad de sabotear cualquier consolidación de un bloque de poder euroasiático que pudiera optar a ejercer esa acumulación incesante de poder político que debe acompañar siempre a la acumulación igualmente incesante de capital<sup>29</sup>.

Son estos planes de largo alcance los que han convertido a Estados Unidos en foco de las actuales discusiones sobre el imperio y el nuevo imperialismo. Sin embargo, como señala Harvey, «el equilibrio de fuerzas existente en el seno de la lógica capitalista apunta en una dirección bastante distinta»<sup>30</sup>. Nos ocuparemos ahora de esas fuerzas.

### *Crisis de sobreacumulación y producción de espacio*

Uno de los rasgos característicos más esenciales (y teóricamente descuidado) del capitalismo histórico es la «producción de espacio». Este proce-

---

<sup>28</sup> *Ibid.*, pp. 84-85 [*ibid.*, p. 76]. Sobre la importancia actual de Mackinder para el pensamiento geoestratégico, véase Paul KENNEDY, «Mission Impossible?», *The New York Review of Books* (10 de junio de 2004).

<sup>29</sup> *Ibid.*, p. 85 [*ibid.*, p. 77].

<sup>30</sup> *Ibid.*, p. 86 [*ibid.*, p. 77].

so no sólo ha sido decisivo para la supervivencia del capitalismo en coyunturas especialmente críticas, como indicaba Henri Lefebvre<sup>31</sup>, sino que también ha sido la condición más fundamental para la formación y el alcance cada vez más global del capitalismo como sistema social e histórico. Desde hace más de veinte años Harvey viene proponiendo la teoría de un «ajuste espacio-temporal», o para mayor brevedad, «solución espacial», aplicada a la tendencia a la crisis inserta en la acumulación sin fin de capital, que ofrece una explicación realmente plausible de por qué la producción de espacio ha sido un ingrediente tan esencial de la reproducción ampliada del capitalismo<sup>32</sup>. En *El nuevo imperialismo* Harvey despliega esta teoría para subrayar la relación existente entre el surgimiento del Proyecto para un Nuevo Siglo Americano y las crisis de sobreacumulación de las décadas de los setenta y ochenta, así como analizar las contradicciones entre la lógica territorial que subyace a ese proyecto y la lógica capitalista. El término «solución» [*fix*] tiene un doble significado:

Parte del capital total queda fijado materialmente en el territorio durante un periodo de tiempo relativamente largo (dependiendo de su vida útil económica y material). Algunos gastos sociales (como la enseñanza pública o un sistema sanitario) también se territorializan y quedan geográficamente inmóviles mediante la intervención del Estado. El «ajuste» espacio-temporal, por otra parte, es una metáfora de un tipo particular de resolución de las crisis capitalistas mediante la demora temporal y la expansión geográfica<sup>33</sup>.

El significado literal del término «solución» [*fix*] alude a la dependencia de la acumulación de capital de la existencia de ciertas infraestructuras materiales (ferrocarriles, carreteras, aeropuertos, instalaciones portuarias, redes de cable, sistemas de fibra óptica, redes eléctricas, sistemas de conducción de agua y alcantarillado, oleoductos, etc., así como fábricas, oficinas, hospitales y escuelas) que constituyen «capital fijo *inserto* en la tierra», a diferencia de otras formas de capital fijo (como los buques, camiones, aviones o maquinaria), que se pueden mover de un lugar a otro. Para que el capital, en todas sus formas físicamente móviles, se pueda efectivamente desplazar *sobre* el espacio en busca del máximo beneficio es preciso que se fijen ciertas infraestructuras materiales *en* el espacio<sup>34</sup>.

El significado metafórico del término «solución» subraya en cambio la tendencia de la acumulación de capital a promover incesantemente la reducción o eliminación de barreras espaciales –lo que Karl Marx llamó «la ani-

---

<sup>31</sup> Henri LEFEBVRE, *The Survival of Capitalism: Reproduction of the Relations of Production*, F. Bryant (trad.), Nueva York, St Martin's Press, 1976 [ed. orig.: *La survie du capitalisme. La reproduction des rapports de production*, París, Anthropos, 1973; Económica, 2002].

<sup>32</sup> D. Harvey, *The Limits to Capital*, Oxford, 1982; y los ensayos recogidos en D. Harvey, *Spaces of Capital: Towards a Critical Geography*, Nueva York, 2001 [de próxima publicación en «Cuestiones de antagonismo», Akal].

<sup>33</sup> D. Harvey, *op. cit.*, p. 115 [*op. cit.*, p. 97].

<sup>34</sup> *Ibid.*, pp. 99-100 [*ibid.*, p. 87].

quilación del espacio mediante el tiempo», socavando así involuntariamente los privilegios monopolistas derivados de localizaciones específicas en razón de la intensificación de la competencia en el espacio geográfico. Como consecuencia de esta tendencia, el capital se acumula una y otra vez por encima de lo que se puede reinvertir ventajosamente en la producción e intercambio de mercancías dentro de los sistemas territoriales existentes. Este excedente de capital se materializa en existencias de productos no vendidos que sólo se pueden liquidar con pérdidas, en una capacidad productiva no utilizada y en una liquidez carente de oportunidades de inversión rentable. La incorporación de nuevo espacio al sistema de acumulación «soluciona» la consiguiente crisis de sobreacumulación absorbiendo esos excedentes, primero mediante la «demora temporal» y luego mediante una ampliación espacial del sistema de acumulación. La absorción mediante demora temporal alude específicamente a la producción de espacio, esto es, a la utilización del capital excedente para abrir nuevos espacios y dotarlos de las infraestructuras necesarias, tanto físicas como sociales. La absorción mediante la ampliación de escala, por su parte, apunta a la utilización de capital excedente en las nuevas combinaciones productivas que resultan rentables gracias a la expansión geográfica del sistema de acumulación, una vez que el nuevo espacio ha sido adecuadamente producido<sup>35</sup>.

El efecto combinado de las tendencias sobre las que llaman la atención los dos significados de la solución espacial es una variante geográfica del proceso de «destrucción creativa» de Joseph Schumpeter. Como dice Harvey,

da lugar [...] a la pretensión perpetua de crear un entorno geográfico que facilite las actividades capitalistas en un lugar y momento determinado, sólo para tener que destruirlo y construir un entorno totalmente diferente en un momento posterior, sin poder saciar nunca su perpetua sed de acumulación. Así se va escribiendo la historia de la destrucción creativa en el panorama de la geografía histórica real de la acumulación de capital<sup>36</sup>.

Esta variante geográfica de la dinámica schumpeteriana es de gran importancia teórica. La lista del propio Schumpeter del tipo de innovaciones que impulsan el proceso de destrucción creativa incluía cambios en la configuración espacial del comercio y de la producción<sup>37</sup>, pero él nunca habló de la relación entre innovaciones que alteran la configuración espacial del comercio y la producción y otros tipos de innovación. Esto es lo que hace Harvey cuando subraya las funciones interrelacionadas que desempeñan las ventajas tecnológicas y de localización al generar los beneficios excesivos que impulsan la dinámica schumpeteriana. En este pro-

---

<sup>35</sup> *Ibid.*, pp. 98-99 y 109-112 [*ibid.*, pp. 86-87 y 92-95].

<sup>36</sup> *Ibid.*, p. 101 [*ibid.*, p. 88].

<sup>37</sup> Joseph SCHUMPETER, *Capitalism, Socialism and Democracy* [1942], Londres, 1950, p. 83 [ed. cast.: *Capitalismo, Socialismo y Democracia*, Barcelona, Folio, 1984]. Véase también J. SCHUMPETER, *The Theory of Economic Development* [1934], Nueva York, 1961 [ed. cast.: *Historia del análisis económico*, Barcelona, Ariel, 1996].

ceso, los beneficios excesivos –los «premios espectaculares» de Schumpeter, esto es, recompensas que exceden ampliamente lo necesario para suscitarse los esfuerzos de la pequeña minoría que los reciben– desempeñan un doble papel. Proporcionan un incentivo constante a la innovación, pero también, como argumentaba Schumpeter, impulsan

mucho más eficazmente de lo que lo haría una distribución más equitativa y más «justa», la actividad de la gran mayoría de hombres de negocios que reciben a cambio una compensación muy modesta o ninguna, y que, sin embargo, hacen cuanto pueden porque tienen ante sus ojos los grandes premios y sobrestiman las posibilidades de que también a ellos les vaya igualmente bien<sup>38</sup>.

Pero, en lugar de cosechar premios espectaculares, la «gran mayoría» atraída al juego activa la competencia, que no sólo elimina los beneficios excesivos, sino que inflige pérdidas generalizadas al destruir las combinaciones productivas preexistentes.

Harvey teoriza un proceso similar pero se centra en el hecho de que los capitalistas individuales pueden conseguir beneficios muy altos, no sólo adoptando mejores tecnologías, sino también buscando mejores emplazamientos:

Existe, pues, un trasvase directo entre los cambios de tecnología y de emplazamiento en la búsqueda competitiva de beneficios excesivos [...]. En ambos casos el beneficio excesivo que acumulan determinados capitalistas [...] desaparece en cuanto otros capitalistas adoptan la misma tecnología o se desplazan a lugares igualmente ventajosos [...]. En la medida en que las oportunidades para obtener beneficios excesivos del emplazamiento quedan eliminadas [...] mayor es el incentivo competitivo para que algunos capitalistas desestabilicen las bases del equilibrio [resultante] mediante el cambio tecnológico [...] La competencia promueve así simultáneamente desplazamientos en la configuración espacial de la producción, cambios en las combinaciones tecnológicas, reestructuraciones de las relaciones de valor y desplazamientos temporales en la dinámica general de la acumulación. El aspecto espacial de la competencia es un ingrediente volátil en esa volátil mezcla de fuerzas<sup>39</sup>.

Como observa Harvey, los desplazamientos espacio-temporales en la dinámica general de la acumulación que absorbe el excedente de capital suelen «amenazar [...] los valores ya existentes en el lugar (insertos en el territorio) pero todavía no realizados». De ahí que

la fijación en un lugar de enormes cantidades de capital actúa como un lastre sobre la capacidad de intentar una solución espacial en otro lugar [...]. Si el capi-

<sup>38</sup> J. Schumpeter, *Capitalism, Socialism and Democracy*, cit., pp. 73-74.

<sup>39</sup> D. Harvey, *The Limits to Capital*, cit., pp. 390-393, y también *The New Imperialism*, cit., pp. 96-98 [op. cit., pp. 84-87]. *Mutatis mutandis*, las consideraciones de Harvey sobre las relaciones entre las innovaciones tecnológicas y la lucha por ventajas de emplazamiento se aplican también a las innovaciones en los productos.

tal huye, deja tras de sí un rastro de devastación y devaluación. La desindustrialización sufrida en determinados núcleos del capitalismo [...] durante las décadas de los setenta y ochenta son lances muy señalados. Por otra parte, si el capital no se mueve o no se puede mover, el exceso sobreacumulado puede verse devaluado directamente en el curso de una recesión o depresión deflacionaria<sup>40</sup>.

## Inercia y resistencia

En cualquier caso, las soluciones espaciales suponen una volatilidad interregional y la reorientación de los flujos de capital de un espacio a otro. Esa reorientación puede tener lugar suavemente, o puede dar lugar a lo que Harvey llama «crisis itinerantes»<sup>41</sup>. Aunque no explica concretamente qué crisis son éstas, el trasfondo de su argumentación parece aludir a momentos de estancamiento derivados de la resistencia a la reubicación suscitada por las soluciones espacio-temporales que revolucionan recurrentemente la geografía histórica del capitalismo. Esta resistencia proviene en parte de la propia lógica contradictoria de la acumulación de capital. De hecho, «cuanto más se desarrolla el capitalismo –argumenta Harvey– más tiende a sucumbir frente a las fuerzas de la inercia geográfica»:

La circulación del capital se ve cada vez más encorsetada en infraestructuras físicas y sociales inmóviles diseñadas para sostener ciertos tipos de producción [...] procesos de trabajo, dispositivos de distribución, pautas de consumo, etcétera. Una cantidad cada vez mayor de capital fijo [...] bloquea una movilidad sin límites [...]. Surgen alianzas territoriales, que con frecuencia se hacen cada vez más poderosas y más profundamente atrincheradas [...] para conservar los privilegios ya obtenidos, para sostener las inversiones ya realizadas, para mantener intacto un compromiso local y para protegerse frente a los vendavales de la competencia espacial [...]. No se pueden establecer nuevas configuraciones espaciales porque no se permite que tengan lugar devaluaciones regionales. El desarrollo geográfico desigual del capitalismo asume entonces una forma totalmente incoherente con la acumulación prolongada, ya sea en una región determinada o a escala global<sup>42</sup>.

Sin embargo, las fuerzas de la inercia geográfica pueden provenir en parte de la resistencia, no frente al cambio económico como tal, sino frente a las consecuencias políticas y sociales, reales o imaginadas, de las soluciones espaciales. Analizando esa resistencia política, Harvey se centra en China, el lugar más prometedor para una solución espacial eficaz de la actual crisis de sobreacumulación. China no sólo se ha convertido en el foco de atracción de inversión extranjera directa extranjera que crece más rápidamente –el aflujo neto de capital ha aumentado de 5.000 millones de

<sup>40</sup> D. Harvey, *op. cit.*, p. 116 [*op. cit.*, p. 98].

<sup>41</sup> *Ibid.*, pp. 121-123 [*ibid.*, pp. 101-102].

<sup>42</sup> D. Harvey, *The Limits to Capital*, cit., pp. 428-429.

dólares en 1991 a cerca de 50.000 millones en 2002—, sino que su mercado interno ha venido creciendo también más rápidamente que cualquier otro, con la renta urbana creciendo a una tasa media anual del 11 por 100 y la rural del 6 por 100. En opinión de Harvey, las perspectivas para la inversión en infraestructuras a largo plazo son aún más espectaculares:

Desde 1998 los chinos han procurado absorber su gran excedente de fuerza de trabajo (y limitar la amenaza de conflictividad social) mediante inversiones, financiadas mediante el endeudamiento, en megaproyectos que dejan pequeña la ya gigantesca presa de las Tres Gargantas. Se plantean ahora un proyecto mucho más ambicioso (que costará más de 60.000 millones de dólares) para trasvasar agua del Yangtsé al río Amarillo. Están construyendo metros y autopistas en las principales ciudades, y se proponen construir 13.500 km de nuevas vías férreas para enlazar el interior con la zona costera, mucho más dinámica económicamente [...]. En muchas ciudades se están mejorando las infraestructuras urbanas [...]. Este esfuerzo es, en conjunto, mucho mayor que el emprendido por Estados Unidos durante las décadas de los cincuenta y sesenta, y podría quizá absorber el exceso de capital durante varios años<sup>43</sup>.

Esta producción masiva de nuevo espacio, financiada en gran medida gracias al déficit público, conlleva el riesgo de una importante crisis presupuestaria del Estado chino. Sin embargo, suponiendo que se pueda evitar o capear con éxito esa crisis, esa «notable versión» de la solución espacio-temporal tiene consecuencias globales, «no sólo para la absorción de capital sobreacumulado, sino también en cuanto al desplazamiento del equilibrio del poder económico y político hacia China como potencia hegemónica regional, lo cual situará acaso la región de Asia oriental, bajo el liderazgo chino, en una posición mucho más competitiva frente a Estados Unidos». Es esta posibilidad la que hace más probable la resistencia estadounidense frente a una solución espacial suave, pese a que ese proceso se dibuja como la mejor perspectiva para una solución de la crisis de sobreacumulación subyacente<sup>44</sup>.

La relación entre soluciones espaciales y cambios de hegemonía refuerza así el callejón sin salida en que siempre se encuentran los centros de desarrollo capitalista. El desarrollo sin restricciones de nuevas regiones implica una devaluación de estos centros a causa de la competencia internacional intensificada. El obligado desarrollo en el exterior limita la competencia internacional, pero bloquea las oportunidades de inversión rentable del capital excedente y potencia, por lo tanto, devaluaciones generadas internamente<sup>45</sup>. Si el centro desafiado por la competencia es también un centro hegemónico, cualquier opción amenaza con reducir no sólo el valor de sus activos, sino también su poder. Y lo que es peor, pue-

<sup>43</sup> D. Harvey, *op. cit.*, p. 123 [*op. cit.*, p. 102].

<sup>44</sup> *Ibid.*, pp. 123-124 [*op. cit.*, p. 102].

<sup>45</sup> D. Harvey, *Limits to Capital*, cit., p. 435.



de amenazar su estabilidad social, porque las soluciones espaciales a las crisis de sobreacumulación siempre tienen una dimensión social que afecta a su ímpetu, tanto positiva como negativamente.

### ¿Desórdenes de fin de siglo?

Esta dimensión social ha formado parte de la teoría de Harvey de las soluciones especiales desde sus primeras formulaciones. Provenía originalmente de la observación de Hegel en sus *Grundlinien der Philosophie des Rechts* de que la sociedad burguesa parece ser incapaz de resolver mediante mecanismos internos los problemas de desigualdad social e inestabilidad derivados de su tendencia a sobreacumular riqueza en un polo y privaciones en el otro. Una sociedad civil «madura» se ve así empujada a buscar soluciones *externas* mediante el comercio exterior y las prácticas coloniales o imperiales<sup>46</sup>. En *El nuevo imperialismo*, Harvey añade a esta observación la afirmación de Arendt de que «la Commonwealth de Hobbes es una estructura vacilante a la que hay que proporcionar constantemente nuevos apoyos desde el exterior; de otro modo colapsaría inmediatamente en el caos sin objetivo y sin sentido de los intereses privados de los que surgió»<sup>47</sup>.

Harvey cree que la afirmación de Arendt resulta especialmente aplicable a Estados Unidos. En esta «sociedad de inmigrantes extraordinariamente multicultural [...] un feroz individualismo competitivo [...] revoluciona continuamente la vida política, económica y social, haciendo de la democracia algo crónicamente inestable». La dificultad de lograr la cohesión interna en tal sociedad étnicamente mixta y caracterizada, además, por un intenso individualismo produjo lo que Richard Hofstadter describió, a principios de la década de los sesenta, como el «estilo paranoide» de la política estadounidense, esto es, la tradición de basar en el temor a algún «otro» (comunismo, socialismo, anarquismo, o meros «agitadores extranjeros» o, para la izquierda, conspiraciones capitalistas o estatales) la creación de una fuerte solidaridad política en el frente interno. En ocasiones, «todo el país parece tan alterado que cabría dudar de su gobernabilidad»<sup>48</sup>. Pese (o debido) a su floreciente economía y a la desaparición de la amenaza comunista con el fin de la Guerra Fría, en opinión de Harvey, la década de los noventa fue una época de ese estilo:

La competencia era atroz, los privilegiados de la «nueva economía» se convertían en millonarios de la noche al día y hacían ostentación de su riqueza, pro-

<sup>46</sup> G. F. W. HEGEL, *The Philosophy of Right* [1821], Nueva York, 1967, pp. 149-152 [ed. cast.: *Principios de la filosofía del Derecho*, Barcelona, Edhasa, 1999]; D. Harvey, *Spaces of Capital*, cit., cap. 14; *The Limits to Capital*, cit., pp. 414-415.

<sup>47</sup> H. Arendt, *The Origins of Totalitarianism*, cit., p. 142; *Imperialism*, Nueva York, Harcourt Brace Janovich, 1968, p. 22; citado en D. Harvey, *op. cit.*, p. 16 [*op. cit.*, pp. 30-31].

<sup>48</sup> D. Harvey, *op. cit.*, pp. 15-16, 49 [*op. cit.*, pp. 30, 53]. Richard Hofstadter, *The Paranoid Style in American Politics and Other Essays* [1965], Cambridge (MA), Harvard University Press, 1996.

liferaban las estafas y planes fraudulentos, los escándalos (reales o imaginarios) eran saludados en todas partes con entusiasmo, circulaban rumores sobre asesinatos planeados en la Casa Blanca, hubo un intento de destituir al presidente, los presentadores de radio y televisión Howard Stern y Rush Limbaugh eran buena muestra de unos medios de comunicación totalmente fuera de control, en Los Ángeles estallaban disturbios, Waco y Oklahoma simbolizaban una inclinación a la subversión y la violencia que había permanecido latente durante mucho tiempo, unos adolescentes disparaban y mataban a sus compañeros de clase en Columbine, la exuberancia irracional prevalecía sobre el sentido común, y la corrupción con que los empresarios lubricaban en su propio beneficio el proceso político era escandalosa. En resumen, la sociedad civil no parecía muy civil que digamos [...]. Como habría dicho Arendt, parecía haber caído en el colapso del caos sin objetivo y sin sentido de los intereses privados<sup>49</sup>.

Harvey sospecha que parte del atractivo electoral de George W. Bush en 2000 «fue su promesa de ejercer un resuelto liderazgo moral sobre una sociedad civil fuera de control». Fuera como fuera, el 11 de Septiembre «aportó el impulso para romper con el estilo disoluto de la década de los noventa». A este respecto, la guerra contra Iraq no era una mera distracción de las dificultades domésticas: «era una gran oportunidad para imponer una nueva sensación de orden social en Estados Unidos y meter en cintura a la sociedad civil». Una vez más, «el malvado enemigo externo se convirtió en chivo expiatorio para exorcizar o domeñar los diablos que acechaban en el interior»<sup>50</sup>.

Estas observaciones sugieren que las soluciones espaciales se ven limitadas, no sólo por la resistencia frente a la reubicación económica y los correspondientes realineamientos geopolíticos, sino también por la resistencia frente al cambio social, porque ambos significados de la solución espacial tienen un aspecto social ineludible. La fijación literal de capital en forma de puertos, carreteras, aeropuertos, fábricas, escuelas, etcétera, en y sobre la tierra, crea algo más que un paisaje geográfico que facilita la acumulación de capital. También crea un particular hábitat humano de interacciones y reproducción social. Y, recíprocamente, la solución espacial metafórica para las crisis de sobreacumulación supone mucho más que una devaluación del capital fijado en la tierra que queda obsoleto por la creación de un nuevo paisaje geográfico; también conlleva una devastación del hábitat humano inserto en el paisaje obsoleto de la acumulación de capital.

Como observó Karl Polanyi hace ya mucho tiempo, refiriéndose especialmente a las crisis de sobreacumulación de finales del siglo XIX y principios del XX, las devastaciones de este tipo suscitan, inevitablemente, la «autoprotección de la sociedad», mediante formas tanto progresistas como reaccionarias, que son movilizadas por fuerzas que tratan de frenar o invertir la reubicación de actividades económicas y de poder político aso-

<sup>49</sup> D. Harvey, *op. cit.*, pp. 15-16 [*op. cit.*, p. 31].

<sup>50</sup> *Ibid.*, p. 17 [*ibid.*, pp. 31-32].

ciada a la solución espacial<sup>51</sup>. Alternativamente tales movilizaciones pueden plantear una seria amenaza a la legitimidad social de las fuerzas que siguen la lógica capitalista de la reubicación sin restricciones como condición para la acumulación sin fin de capital. En cualquier caso, los instintos de autoprotección de determinados estratos sociales incrementan las fuerzas de la inercia geográfica, haciendo aún más problemática la resolución de las crisis de sobreacumulación. Existe, sin embargo, una posible salida de ese estancamiento, en concreto el uso de medios financieros para «descargar el peso de la sobreacumulación, mediante crisis de devaluación, sobre territorios vulnerables». Harvey califica el despliegue de estos medios como «el aspecto siniestro y destructivo de las soluciones espacio-temporales al problema de la sobreacumulación»<sup>52</sup>. Examinemos brevemente lo que esto supone.

### *Acumulación por desposesión*

Al examinar la absorción de capital excedente en la producción de nuevo espacio, Harvey señala que la conversión de existencias no vendidas y de capacidad productiva no utilizada en inversiones infraestructurales depende decisivamente del papel mediador de las instituciones financieras y estatales. «El capital excedente en camisas y zapatos no se puede convertir directamente en un aeropuerto o en un instituto de investigación.» Pero las instituciones estatales y financieras tienen la capacidad de generar crédito, proporcional al capital excedente dedicado a la producción de camisas y zapatos, y de ofrecerlo a los agentes que desean invertirlo en aeropuertos, institutos de investigación o cualesquiera otras formas de inversión estructural relacionadas con la producción de nuevo espacio. Los Estados también cuentan con la capacidad de convertir el capital excedente en la producción de nuevo espacio mediante la financiación del déficit público o la dedicación de los impuestos recaudados a inversiones infraestructurales<sup>53</sup>.

En el mundo real del capitalismo, esta función constructiva de las finanzas públicas y privadas está invariablemente entrelazada con burbujas y quiebras especulativas en los mercados inmobiliarios y en la deuda pública. Los excesos especulativos desvían el capital del comercio y la producción y acaban inevitablemente en devaluaciones. Sin embargo, el blo-

---

<sup>51</sup> Polanyi no hablaba de soluciones espaciales ni de crisis de sobreacumulación; sin embargo, su énfasis en la oposición entre «morada frente a mejora» incorpora la misma idea de una contradicción fundamental entre la tendencia del capital a transformar incesantemente los paisajes geográficos, por un lado, y la tendencia de las comunidades que habitan en esos territorios a resistirse a tales transformaciones, por otro. Karl POLANYI, *The Great Transformation: The Political and Economic Origins of Our Time* [1944], Boston, 1957, cap. 3 [ed. cast.: *La gran transformación*, Madrid, La Piqueta, 1989].

<sup>52</sup> D. Harvey, *op. cit.*, pp. 134-135 [*op. cit.*, p. 110].

<sup>53</sup> *Ibid.*, p. 113 [*ibid.*, p. 96]; *The Limits to Capital*, cit., p. 404.

queo de la especulación tendría «resultados igualmente nefastos desde el punto de vista del capitalismo»:

La transformación de las configuraciones espaciales en el entorno construido se vería paralizada y el territorio físico necesario para la acumulación futura no se podría materializar [...]. La especulación rampante y la apropiación incontrolada, por costosas que resulten para el capital y por dañinas que sean para los trabajadores, generan el fermento caótico del que pueden crecer nuevas configuraciones espaciales<sup>54</sup>.

En la medida en que los excesos especulativos favorecen en vez de obstaculizar el surgimiento de nuevas configuraciones espaciales que permiten al comercio y a la producción expandirse más de lo que lo harían bajo las circunstancias precedentes, estos excesos son «males necesarios» de un juego de suma positiva. Así es como la retórica oficial justificaba los excesos especulativos y la «exuberancia irracional» de la década de los noventa: la movilidad espacial sin trabas del capital, se aseguraba, favorecía en última instancia la reproducción ampliada de la economía global, incluidos sus elementos más vulnerables. Sin embargo, bajo la retórica oficial subyacía la realidad más destructiva de un juego de suma negativa que obstaculizaba en vez de facilitar el surgimiento de nuevas configuraciones espaciales:

Como la guerra en relación con la diplomacia, la intervención del capital financiero respaldado por el poder estatal equivale con frecuencia a la acumulación por otros medios: la perversa alianza entre los poderes del Estado y los aspectos depredadores del capital financiero constituye el pico y las garras de un «capitalismo buitresco» que ejercita prácticas caníbales y devaluaciones forzadas mientras habla de conseguir un desarrollo global armonioso<sup>55</sup>.

Harvey prosigue señalando que estos «otros medios» son lo que Marx, siguiendo a Adam Smith, denominaba acumulación «primitiva» u «originaria». Cita aprobadoramente la observación de Arendt de que «el surgimiento de dinero “superfluo” [...] que no podía encontrar ya inversiones productivas dentro de las fronteras nacionales» dio lugar a una situación a finales del siglo XIX y principios del XX en la que «el pecado original del simple robo, que siglos atrás había hecho posible “la acumulación original de capital” teorizada por Marx [...] tenía que repetirse de nuevo para evitar que el motor de la acumulación se detuviera repentinamente». Dado que a finales del siglo XX y comienzos del XXI parece haberse producido de nuevo una situación similar, Harvey propone una «una reevaluación general del papel continuo y persistente de las prácticas depredadoras de la acumulación “primitiva” u “originaria” en la dilatada geografía histórica de la acumulación de capital». Y dado que le parece inadecuado llamar «primitivo» u «ori-

<sup>54</sup> D. Harvey, *The Limits to Capital*, cit., p. 398. Véase también *The New Imperialism*, cit., pp. 131-132 [*op. cit.*, pp. 105-106].

<sup>55</sup> D. Harvey, *op. cit.*, p. 136 [*op. cit.*, p. 110].

ginal» a un proceso que sigue desarrollándose, propone sustituir estos términos por el concepto de «acumulación por desposesión»<sup>56</sup>.

## Desposesiones neoliberales

La acumulación por desposesión ha cobrado históricamente muchas formas diferentes, incluida la conversión de distintos tipos de derechos de propiedad (comunal, colectiva, estatal, etc.) en derechos de propiedad exclusivos; los procesos coloniales, semicoloniales, neocoloniales e imperiales de apropiación de activos y recursos naturales; y la supresión de alternativas al uso capitalista de los recursos humanos y naturales. Aunque en el modus operandi de estos procesos haya habido mucho de contingente y azaroso, es preciso afirmar que el capital financiero y el sistema de crédito han sido importantes palancas de desposesión, mientras que los Estados, con su monopolio de la violencia y su definición de la legalidad, han sido protagonistas decisivos. Pero sean cuales sean sus manifestaciones, agentes e instrumentos,

La acumulación por desposesión [posibilita] la liberación de un conjunto de activos (incluida la fuerza de trabajo) a un coste muy bajo (y en algunos casos nulo). El capital sobreacumulado puede apoderarse de tales activos y llevarlos inmediatamente a un uso rentable<sup>57</sup>.

En opinión de Harvey, el ascenso de la ideología neoliberal y la correspondiente política de privatización aplicada desde finales de la década de los setenta constituyen el espolón de la actual fase de acumulación por desposesión. El colapso de la Unión Soviética y la salvaje privatización llevada a cabo bajo la rúbrica de «terapia de choque», de acuerdo con el consejo de las potencias capitalistas y las instituciones financieras internacionales, fue un importante episodio en la venta a precios de saldo de activos hasta entonces inalcanzables. Y lo mismo puede decirse de la apertura «impulsada internamente» de China y las importantes oleadas de privatización que ha conllevado. Pero ha sido igualmente sustancial la venta de activos devaluados que se ha verificado en otros países de renta baja a raíz de las crisis financieras que han marcado la liberalización de los flujos de capital durante las décadas de los ochenta y noventa<sup>58</sup>. A este respecto fue ejemplar la experiencia de la crisis asiática de 1997-1998:

Las crisis financieras siempre han provocado transferencias de propiedad y poder a quienes mantenían intactos sus propios activos y estaban en condiciones de ofrecer crédito, y la crisis asiática no es una excepción [...] no hay duda de que las grandes empresas occidentales y japonesas son las más beneficiadas [...].

<sup>56</sup> *Ibid.*, pp. 142-144 [*ibid.*, pp. 114-116]; Karl MARX, *El Capital*, Madrid, Akal, 2000, Libro I, t. 3, cap. 23.3, pp. 91 y ss.; H. Arendt, *The Origins of Totalitarianism*, cit., p. 148.

<sup>57</sup> D. Harvey, *op. cit.*, pp. 145-149 [*op. cit.*, pp. 116-119].

<sup>58</sup> *Ibid.*, pp. 149-150 y 156-161 [*op. cit.*, pp. 119-120 y 124-127].

La combinación de devaluaciones masivas, la liberalización financiera impulsada por el FMI y la recuperación facilitada por esa misma institución, puede llegar a precipitar la mayor transferencia de activos ocurrida en tiempos de paz durante los últimos cincuenta años, de los propietarios domésticos a otros extranjeros, dejando pequeñas las transferencias efectuadas a propietarios estadounidenses en toda América Latina durante la década de los ochenta, o la producida en México después de 1994. Cabe recordar la afirmación atribuida a Andrew Mellon: «En una depresión los activos vuelven a sus verdaderos propietarios»<sup>59</sup>.

Pero siempre existe el peligro de que las crisis regionales y las devaluaciones locales puedan descontrolarse y generalizarse, o de que provoquen una rebelión contra el sistema que las promueve. Así pues, aun cuando orqueste el proceso en su propio beneficio, la potencia hegemónica debe organizar «rescates» para mantener en funcionamiento la acumulación global de capital. La combinación de coerción y consentimiento en tales negociaciones varía considerablemente, pero en cualquier caso revela, en opinión de Harvey,

cómo se construye la hegemonía mediante mecanismos financieros, de forma que beneficie a la potencia hegemónica y conduzca a los países subalternos por la supuesta vía dorada del desarrollo capitalista. El cordón umbilical que vincula la acumulación por desposesión y la reproducción ampliada queda a cargo del capital financiero y las instituciones de crédito, respaldados, como siempre, por los poderes estatales<sup>60</sup>.

Al igual que Harvey, Marx también insistía en el papel decisivo que habían desempeñado las instituciones financieras y estatales a la hora de vincular la acumulación por desposesión (su acumulación primitiva) en diferentes lugares con la reproducción ampliada del capitalismo histórico. A diferencia de Harvey, sin embargo, Marx se centraba exclusivamente en el papel de la deuda nacional y del sistema internacional de crédito como medios de una cooperación intercapitalista invisible, que «propulsó» la acumulación de capital una y otra vez en el espacio-tiempo del sistema capitalista mundial, desde su nacimiento hasta el momento en que él escribía:

Con la deuda pública surgió un sistema de crédito internacional tras el que se oculta a menudo, en tal o cual país, una de las fuentes de la acumulación originaria. Así, por ejemplo, las infamias del sistema de rapiña veneciano constituyen una de esas bases ocultas de la riqueza capitalista de Holanda, a quien la Venecia decadente prestaba grandes sumas de dinero. Lo mismo ocurre entre Holanda e Inglaterra. Ya a comienzos del siglo XVIII [...], Holanda había dejado de ser la nación industrial y comercial dominante. Por eso, uno de sus principales negocios entre 1701 y 1766 consiste en prestar capitales gigantes-

<sup>59</sup> R. WADE y F. VENEROSO, «The Asian Crisis: The High Debt Model versus the Wall Street-Treasury-IMF Complex», *New Left Review* 1/228 (marzo-abril de 1998), pp. 3-23, citado en D. Harvey, *op. cit.*, pp. 150-151 [*op. cit.*, p. 120].

<sup>60</sup> D. Harvey, *op. cit.*, pp. 151-152 [*op. cit.*, pp. 120-121].

cos, sobre todo a su poderoso competidor, Inglaterra. Lo mismo sucede hoy entre Inglaterra y los Estados Unidos<sup>61</sup>.

Marx nunca desarrolló las implicaciones teóricas de esta observación histórica. A pesar del considerable espacio dedicado al «capital que gestiona dinero» en el tercer volumen de *El Capital*, nunca sacó a la deuda nacional de su confinamiento en los mecanismos de una acumulación que «no es el resultado del modo capitalista de producción, sino su punto de partida». Sin embargo, en la serie anterior, lo que aparece como «punto de partida» en un centro emergente (Holanda, Inglaterra, Estados Unidos) es al mismo tiempo el «resultado» de largos periodos de acumulación (e, incluso, sobreacumulación) de capital en centros anteriormente establecidos (Venecia, Holanda, Inglaterra). Además, aunque Marx no lo dice tan explícitamente, cada centro emergente de su serie es de mayor escala y ámbito territorial que sus precedentes<sup>62</sup>.

### Anomalías de la crisis actual

Así pues, de acuerdo con la conceptualización de Harvey, la secuencia descrita por Marx configura una serie de soluciones espaciales de escala y diversificación cada vez mayores, que proporcionan salidas rentables para el capital excedente sobreacumulado en los centros capitalistas anteriormente establecidos y que reducen simultáneamente la necesidad de la acumulación por desposesión en los nuevos centros emergentes. Si esta tendencia siguiera funcionando todavía hoy, Estados Unidos y otros centros maduros de acumulación de capital estarían prestando «cantidades enormes de capital» a los centros actualmente emergentes, en primer lugar y ante todo a China, y la necesidad de un nuevo asalto de acumulación por desposesión se vería consiguientemente reducido. Harvey observa el rápido incremento de la inversión directa extranjera en China; sin embargo, al recurrir a la idea de acumulación por desposesión, pone de relieve dos anomalías mutuamente relacionadas de las tendencias actuales.

La primera anomalía es que Estados Unidos está recibiendo más que prestando cantidades enormes de capital. Si consideramos como índice genérico el déficit de la balanza de pagos por cuenta corriente estadounidense, en este momento Estados Unidos está absorbiendo capital del resto del mundo por valor de más de 2.000 millones de dólares al día. Gran parte de este capital proviene de otros centros maduros de acumulación de capital, especialmente de Japón, pero una parte no despreciable proviene también de centros emergentes, especialmente de China. Esta primera anomalía indica un bloqueo de los mecanismos que facilitaban en

<sup>61</sup> K. Marx, *El Capital*, cit., Libro I, tomo 3, cap. 24.6, p. 249.

<sup>62</sup> G. Arrighi, *The Long Twentieth Century*, cit., p. 14 [*El largo siglo xx*, cit., pp. 27-28]; «Capitalism and World (Dis)Order», pp. 264-247. Volveremos sobre este asunto en la segunda parte.

el pasado la absorción de capital excedente mediante soluciones espaciales de una escala y una diversificación cada vez mayores. Como hemos visto, Harvey atribuye esto a una intensificación de las fuerzas económicas, políticas y sociales de la inercia geográfica; pero sean cuales sean sus orígenes, al agravar en lugar de aliviar la sobreacumulación de capital en los centros maduros, ese bloqueo genera una segunda anomalía: un aumento, más que una disminución, de la dependencia del capital con respecto a la acumulación por desposesión. De ahí la necesidad, parafraseando a Arendt, de repetir una vez más «el pecado original del simple robo» para evitar que el motor de la acumulación se acabe parando<sup>63</sup>.

Harvey no es muy explícito en cuanto a la relación existente entre este resurgimiento de la acumulación por desposesión y la adopción por parte de Washington del Proyecto del Nuevo Siglo Americano; sin embargo, sugiere que el nuevo proyecto imperial constituye tanto una desviación como una prolongación por otros medios de la acumulación por desposesión tal como se practicó durante las décadas de los ochenta y noventa. El neoconservadurismo que subyace a este proyecto, nos dice, «comparte con el neoliberalismo la creencia de que la libre circulación de mercancías y de capital contiene todo lo necesario para ofrecer libertad y bienestar a todos y cada uno». Pero «su objetivo primordial consiste en restablecer el orden y hacer que sea respetado, tanto internamente como en la escena mundial. Esto implica un liderazgo fuerte en la cúspide y una lealtad inquebrantable en la base, así como la construcción de una jerarquía de poder segura y manifiesta». Si el funcionamiento del libre mercado amenaza socavar el orden en la jerarquía, los neoconservadores están dispuestos a «transformar la guerra de baja intensidad emprendida por el neoliberalismo en todo el globo en una dramática confrontación que supuestamente resolverá todos los problemas de una vez y para siempre»<sup>64</sup>.

La desviación neoconservadora con respecto al liberalismo de la Administración anterior quedó espectacularmente marcada por un cambio en las relaciones de poder entre las distintas ramas del gobierno estadounidense. Como indica Harvey, «mientras que, en la de Clinton, los hombres clave estaban en el Tesoro (que Rubin y Summers gobernaron autocráticamente), la nueva Administración de Bush recurre a los expertos en defensa –Cheney, Rumsfeld, Wolfowitz y Powell– para definir la política internacional»<sup>65</sup>. Esa desviación, sin embargo, no se hizo totalmente evidente hasta que los neoconservadores tuvieron su «Pearl Harbor» el 11 de septiembre de 2001. Como hemos visto, Harvey atribuye múltiples funciones potenciales a la Guerra contra el Terror y la invasión de Iraq: asegurar el control estadounidense sobre el abastecimiento de petróleo a competidores económicos y estratégicos; evitar la formación de un bloque de poder

<sup>63</sup> D. Harvey, *op. cit.*, p. 182 [*op. cit.*, p. 140].

<sup>64</sup> *Ibid.*, pp. 190 y 201 [*ibid.*, pp. 145-152].

<sup>65</sup> *Ibid.*, p. 192 [*ibid.*, p. 147].



euroasiático, e imponer una nueva sensación de orden social en los propios Estados Unidos rompiendo con el estilo disoluto de la década de los noventa. En el último capítulo de *El nuevo imperialismo* también sugiere que «la desposesión del petróleo iraquí» podría señalar el comienzo de una prolongación por medios militares de la acumulación por desposesión, pero no desarrolla ese punto, volcándose en cambio en la «gran pregunta abierta» sobre si el nuevo proyecto imperial tiene o no alguna probabilidad de éxito<sup>66</sup>.

## Perspectivas del neomperialismo

La respuesta de Harvey a esta pregunta es que el proyecto neoconservador es «una idea sin duda utópica», por varias razones. En primer lugar, en vez de fomentar la solidaridad política en el frente interno, este proyecto ha generado profundas divisiones desde un principio. El clima de nacionalismo, patriotismo y supresión de la disidencia a todos los niveles, en particular en los medios de comunicación, que siguió a la declaración de la Guerra contra el Terror y la invasión de Iraq, consiguió crear un apoyo popular generalizado al esfuerzo de guerra y al propio Bush; sin embargo, la oposición a la guerra y al severo recorte de las libertades civiles que la acompañó fue silenciada más que eliminada. Además, incluso dentro de la Administración de Bush y del ejército estadounidense surgieron serias discrepancias en cuanto a la viabilidad, costes y riesgos del plan de acción propugnado por los neoconservadores. Si algo fuera mal, especialmente en el campo de batalla, las divisiones reaparecerían, tanto en el seno del gobierno como entre el electorado, desplazando el equilibrio de poder en contra del bloque neoconservador<sup>67</sup>.

En segundo lugar, el proyecto neoconservador equivalía a un rechazo de la hegemonía por consentimiento y del liderazgo moral en favor del dominio mediante la coerción, por lo que inevitablemente tenía que suscitar la oposición incluso de los aliados de Estados Unidos. En vez de evitar la formación de un bloque de poder euroasiático, cabía esperar que indujera una alianza entre Alemania, Francia, Rusia y China. Si se llevara más allá de Iraq, contra Irán y Siria, el proyecto imperial estadounidense perdería el apoyo hasta de sus más firmes aliados, incluido Gran Bretaña. En cualquier caso, sus eventuales aliados tendrían que enfrentarse al tipo de oposición popular que se hizo patente en la notable participación en el mundo entero en las manifestaciones contra la guerra del 15 de febrero de 2003<sup>68</sup>.

En tercer lugar, dado que el nuevo proyecto imperial era una prolongación por nuevos y viejos medios de la acumulación por desposesión, cabía esperar que incrementara, en vez de hacerla disminuir, la agitación que había alimentado la resistencia contra la desposesión, especialmente en el

---

<sup>66</sup> *Ibid.*, pp. 201-202 [*ibid.*, p. 147].

<sup>67</sup> *Ibid.*, pp. 199-200, 211-212 [*ibid.*, pp. 146-148 y 158-159].

<sup>68</sup> *Ibid.*, pp. 200-201 [*ibid.*, pp. 151-152].

Sur global. Además, la resurrección del estilo paranoide de la política estadounidense con tintes racistas haría más difícil contener el deslizamiento de esta resistencia hacia «el nacionalismo y las políticas excluyentes como medio de defensa contra la depredación neoliberal». Y, lo que es aún peor, el probable fracaso del proyecto neoconservador en el intento de hallar una solución aceptable para el conflicto árabe-israelí o de convertir Iraq en un modelo de democracia y prosperidad incrementaría la oposición al proyecto en el mundo árabe, que era, precisamente, la región en la que conseguir resultados exitosos era lo más importante<sup>69</sup>.

Finalmente, la lógica específicamente territorial que trataba de imponer el proyecto imperial neoconservador era profundamente incoherente con la lógica capitalista de poder. Aunque los gastos militares podían impulsar la economía estadounidense de modo inmediato, a más largo plazo incrementarían la deuda exterior estadounidense y, con ella, la vulnerabilidad frente a la fuga de capitales. Aumentarían los riesgos para el capital financiero de seguir financiando la deuda nacional estadounidense, tanto más si la inversión en China y otros centros emergentes de acumulación del capital ofreciera salidas más rentables para el capital excedente que la expansión y el «consumo improductivo» estadounidense en el sector militar y privado. Esto podría inducir al capital a propugnar un «cambio de régimen en Washington como algo necesario para su propia supervivencia, lo que tendría como efecto un frenazo radical a la versión neoconservadora del imperialismo». Si eso no sucediera, más pronto o más tarde una fuga de capital obligaría a la economía estadounidense a un «ajuste estructural» que supondría «un grado inaudito de austeridad, como no se ha visto desde la Gran Depresión de la década de los treinta»<sup>70</sup>.

Harvey especula que, en tales circunstancias, Estados Unidos «se vería tentado a utilizar su poder sobre el petróleo para hacer retroceder a China, provocando un conflicto geopolítico, como mínimo en Asia central, que podría convertirse quizá en una conflagración mundial». La única alternativa realista a un resultado tan desastroso, en opinión de Harvey, es algún tipo de «nuevo New Deal» dirigido por Estados Unidos y Europa, tanto interna como internacionalmente:

[Eso] significa liberar la lógica de la circulación y acumulación de capital de sus cadenas neoliberales, reformulando el poder estatal en una línea mucho más intervencionista y redistributiva, conteniendo el poder especulativo del capital financiero y descentralizando o controlando democráticamente el poder abrumador de los oligopolios y monopolios (en particular, la nefasta influencia del complejo militar-industrial) para ordenar todo a su antojo, desde los términos del comercio internacional hasta lo que vemos, leemos y oímos en los medios de comunicación.

<sup>69</sup> *Ibid.*, pp. 202-204 [*ibid.*, pp. 152-153].

<sup>70</sup> *Ibid.*, pp. 204-209 [*ibid.*, pp. 154-157].

Este proyecto alternativo se parece al «ultraimperialismo» de las principales potencias capitalistas del tipo previsto por Karl Kautsky hace un siglo y como tal tiene sus propias connotaciones y consecuencias negativas. Aun así, «propiciaría una trayectoria imperial mucho menos violenta y mucho más benevolente que el crudo imperialismo militarista que propugna actualmente el movimiento neoconservador estadounidense»<sup>71</sup>.

## II. EL DESMORONAMIENTO DEL PROYECTO NEOCONSERVADOR

En los dos años que han pasado desde que se publicó *El nuevo imperialismo*, el desarrollo del proyecto imperial neoconservador ha transformado la hegemonía estadounidense en lo que, siguiendo a Guha, denominamos dominación sin hegemonía. Como anticipaba Harvey, la invasión de Iraq ha alejado incluso a los aliados de Estados Unidos; en una medida mucho mayor de lo que él o cualquier otro esperaba, la guerra relámpago contra Bagdad se ha visto seguida por una larga y sangrienta lucha que ha convertido la instalación en Iraq de un régimen amistoso hacia Estados Unidos en un proyecto cada vez más dudoso y costoso. Sin embargo, ese fracaso en el exterior no ha provocado una debacle del proyecto neoconservador en los propios Estados Unidos. Ciertamente es que se han manifestado discrepancias en el gobierno y en el electorado, pero el equilibrio de fuerzas no se ha desplazado en contra del bloque neoconservador. Por el contrario, para desolación de gran parte del resto del mundo, las elecciones de noviembre de 2004 devolvieron a Bush a la Casa Blanca y han consolidado por ahora la preponderancia del bloque neoconservador en todas las ramas del gobierno estadounidense.

En lo que sigue, esbozaré los hechos básicos de la «dominación sin hegemonía» estadounidense tal como se ha configurado a raíz de la invasión de Iraq. Me centraré primero en el doble fracaso de la invasión en revertir el llamado «síndrome de Vietnam» y en sentar las bases de un nuevo siglo americano. Luego examinaré la débil situación competitiva estadounidense en la economía global y argumentaré que el proyecto imperial neoconservador constituye un alejamiento del neoliberalismo de las décadas de los ochenta y noventa mucho más esencial de lo que supone Harvey. Concluiré sugiriendo que la consecuencia no pretendida más importante de la aventura en Iraq puede muy bien ser una aceleración y consolidación de la tendencia hacia el recentramiento de la economía política global en Asia oriental, y más concretamente en China.

### *Persistencia del síndrome de Vietnam*

Al cabo de seis meses de la declaración oficial del fin de las hostilidades, muchos comentaristas observaban que, aunque Iraq no es Vietnam, el uso

---

<sup>71</sup> *Ibid.*, pp. 209-211 [*ibid.*, pp. 157-158].

cada vez más frecuente de imágenes como «cenagal», «desgaste», «falta de credibilidad», «iraquización», hacía que el debate actual pareciera ser «casi tanto sobre Vietnam como sobre Iraq»<sup>72</sup>. En Iraq, como en Vietnam, las crecientes dificultades estadounidenses para eliminar la resistencia de una guerrilla comparativamente insignificante corría el riesgo de dañar la credibilidad del poderío militar estadounidense en todo el mundo. Pero precisamente porque Iraq no es Vietnam, y 2003 no es 1968, pretendo demostrar que el fracaso en Iraq plantea un desafío al poder estadounidense aún más serio que su fracaso en Vietnam.

Como he argumentado en otro lugar, la Guerra de Vietnam fue el acontecimiento decisivo de lo que podemos llamar la «crisis-señal» de la hegemonía estadounidense<sup>73</sup>. Durante la década de los ochenta y, sobre todo, la de los noventa, la crisis-señal de 1968-1973 dio paso a un notable resurgimiento de la riqueza, el poder y el prestigio estadounidense, una *belle époque* comparable a la que disfrutó Gran Bretaña un siglo antes. Este resurgimiento alcanzó su apogeo tras el colapso de la URSS, cuando Estados Unidos comenzó a presentarse —y a ser ampliamente percibido— como la mayor potencia militar que el mundo había visto nunca. Pero tras esa fachada acechaba el problema de que el veredicto de Vietnam no se había revertido realmente nunca, al igual que tampoco se había restaurado totalmente la credibilidad real del poderío militar estadounidense.

La larga serie de confrontaciones militares en que se involucró Estados Unidos tras su derrota en Vietnam quedó marcada por la cuidadosa evitación de las condiciones que habían llevado a aquel desastre. A este respecto fue ejemplar la salida estadounidense del Líbano, después de que el ataque con coche-bomba en 1983 contra la sede de los marines en Beirut matara a 241 estadounidenses. Desde entonces hasta el colapso de la URSS, Estados Unidos o bien combatió mediante agentes subalternos (Nicaragua, Camboya, Angola, Afganistán o el apoyo a Iraq en la guerra contra Irán)<sup>74</sup>, o bien luchó contra enemigos militarmente insignificantes (Granada, Panamá), o bien atacó desde el aire, donde la alta tecnología estadounidense disfrutaba de una ventaja absoluta (Libia)<sup>75</sup>.

<sup>72</sup> Craig Whitney, *The New York Times*, 9 de noviembre de 2003.

<sup>73</sup> G. Arrighi, *The Long Twentieth Century*; cit., pp. 215-217, 300 y 320-322 [*El largo siglo xx*, cit., pp. 256-258, 360 y 386-388]; «The Social and Political Economy of Global Turbulence», cit., pp. 61-62 [58].

<sup>74</sup> En marzo de 1984, sin inmutarse por las atrocidades de Saddam Hussein, Rumsfeld voló a Bagdad como enviado de Reagan el mismo día que el ejército iraquí lanzó un ataque con armas químicas contra Irán. Cuatro años después, mientras Saddam Hussein arrasaba cientos de pueblos en el norte de Iraq matando a miles de kurdos, Washington le ofreció una subvención de 500 millones de dólares para la compra de productos agrícolas estadounidenses. Al año siguiente el gobierno estadounidense duplicó la subvención hasta mil millones de dólares y le suministró gérmenes de ántrax de alta calidad y material de doble uso que se podía utilizar para fabricar armas químicas y biológicas. Véase Seumas MILNE, *The Guardian* (27 de septiembre de 2002) y Arundhati ROY, *The Guardian* (27 de septiembre de 2002).

<sup>75</sup> Aunque el intento de «doble gamificación del Tercer Mundo», como se denominaba a veces la doctrina Reagan que inspiró esas confrontaciones, tuvo finalmente un efecto contraprodu-

Al mismo tiempo, Estados Unidos aceleró la carrera de armamentos con la Unión Soviética –ante todo, aunque no exclusivamente, mediante la Iniciativa de Defensa Estratégica– mucho más allá de lo que Moscú podría afrontar económicamente. Esa escalada atrapó a la URSS en una doble confrontación: en Afganistán, donde su aparato militar de alta tecnología encontró las mismas dificultades que habían llevado a la derrota estadounidense en Vietnam, y en la carrera de armamentos, donde Estados Unidos podía movilizar recursos financieros mucho mayores que la Unión Soviética. Pero la derrota final de ésta no hizo desaparecer el síndrome de Vietnam. En la medida en que cabe atribuirla al poderío estadounidense, no se trataba de su poderío militar sino de su mayor capacidad financiera, y en la medida en que quepa atribuirla a razones militares, confirmaba más que desmentía el veredicto de Vietnam. Mostraba que, en Afganistán como en Vietnam, los aparatos militares de alta tecnología controlados por las superpotencias de la Guerra Fría no permitían vencer en tierra a las fuerzas combatientes de países del Tercer Mundo, por mucho que hubieran servido para mantener el «equilibrio del terror».

El colapso de la URSS, sin embargo, ofreció la oportunidad para contrastar la hipótesis ampliamente respaldada de que, sin ayuda soviética, los vietnamitas no podrían haber derrotado a Estados Unidos, del mismo modo que los señores de la guerra afganos y los muyajidines no podrían haber derrotado a la URSS sin ayuda estadounidense. Además, el sometimiento de Moscú despejó el terreno para la movilización del Consejo de Seguridad de la ONU a fin de legitimar acciones estadounidenses de tipo policial que habían resultado imposibles, a esa escala, desde la guerra de Corea. La invasión de Kuwait por parte de Saddam Hussein en 1990 ofreció en seguida una oportunidad ideal para esa movilización, que Estados Unidos aprovechó inmediatamente para montar un *show* televisivo de su potencia de fuego de alta tecnología<sup>76</sup>. Sin embargo, como ha señalado John McCain, la victoria en la primera Guerra del Golfo «no hizo desaparecer el peso del síndrome de Vietnam sobre la conciencia nacional [estadounidense]»; lo cual se debió, en su opinión, a que Saddam Hussein no había sido desalojado del poder<sup>77</sup>. Se-

---

cente, infligió un sufrimiento indecible a los países elegidos. Por dar sólo un ejemplo, según estimaciones de la ONU, 300.000 niños murieron como consecuencia directa o indirecta de la prolongación de la guerra civil en Angola por parte de la organización asesina UNITA apoyada por Estados Unidos.

<sup>76</sup> Según el general Anthony Zinni, la operación Tormenta del Desierto en 1991 «dejó la impresión de que el terrible enredo que espera a Estados Unidos en el extranjero se puede superar de algún modo mediante acciones bélicas aseadas, como en la Segunda Guerra Mundial. En realidad, la única razón por la que la operación Tormenta del Desierto funcionó bien fue porque nos enfrentamos al único tipo del planeta lo bastante estúpido como para desafiar a Estados Unidos a reproducir la Segunda Guerra Mundial». Tom Clancy, general Tony Zinni y Tony Koltz, *Battle Ready*, Nueva York, 2004.

<sup>77</sup> Citado en Whitney, *The New York Times* (9 de noviembre de 2003). Una opinión similar prevalecía indudablemente entre los promotores del nuevo siglo americano. Wolfowitz, por ejemplo, criticó a la administración de Bush I, en la que sirvió como subsecretario de Defensa, por no haber «desalojado a Saddam» tras la Guerra del Golfo: *The New York Times* (18 de mayo de 2004).

gún apuntaban otros comentaristas, la primera Guerra del Golfo «estaba destinada a ser todo lo que no había sido la de Vietnam. En lugar de un uso gradual y prolongado de la fuerza, el objetivo era avasallar abrumadoramente al enemigo y retirarse rápidamente»<sup>78</sup>. Esta estrategia, conocida como doctrina Powell, fue la culminación del empeño estadounidense, no tanto en revertir como en evitar otro veredicto como el de Vietnam.

Poco después de la primera Guerra del Golfo se produjo un intento de comprobar la capacidad militar estadounidense para controlar al Tercer Mundo sobre el terreno, bajo el pretexto de una misión «humanitaria» en Somalia. Fracasó lamentablemente: la retransmisión televisada de un estadounidense muerto arrastrado por las calles de Mogadiscio resucitó el síndrome de Vietnam y condujo a la retirada inmediata de las tropas estadounidenses. Pero, con Clinton, la doctrina Powell se convirtió en un estorbo creciente, que hizo a la secretaria de Estado Madeleine Albright lanzar su famosa pregunta: «¿Y para qué nos sirve tener este ejército tan poderoso del que siempre estáis hablando si no podemos utilizarlo?».

El objetivo principal de las misiones «humanitarias» en Bosnia y contra lo que quedaba de Yugoslavia fue precisamente mostrar lo conveniente que era «disponer de ese ejército tan poderoso». La guerra de Kosovo también pretendía demostrar que el respaldo de la ONU a las acciones de policía que Estados Unidos decidiera emprender era bienvenido pero no imprescindible; bastaba el de la OTAN, mucho más fiable. Sin embargo, desde el punto de vista militar, la guerra de Kosovo sólo demostró lo que ya sabíamos todos, que Washington tiene capacidad tecnológica para exterminar al país que elija, pero no que el gobierno estadounidense estuviera dispuesto a arriesgar las vidas de ciudadanos estadounidenses en acciones de policía en el exterior que no afectaban profundamente a los ciudadanos estadounidenses.

## La prueba de fuego en Mesopotamia

Hasta el 11 de septiembre de 2001, la renuencia a asumir tales riesgos constituía todavía los pies de barro del coloso militar estadounidense. La conmoción creada por los ataques contra el World Trade Center y el Pentágono cambió esa situación, proporcionando un *casus belli* aceptable por los ciudadanos estadounidenses. Pero incluso en la guerra de Afganistán, que gozó de un amplio apoyo interno e internacional, la Administración de Bush mostró escasa inclinación a arriesgar bajas estadounidenses, aunque esa renuencia comprometiera el objetivo declarado de Estados Unidos de atrapar a Bin Laden «vivo o muerto». Fueron en cambio los afganos los que cargaron con la mayor parte del combate en tierra, suscitando esta burla de un comentarista de *The Washington Post*:

---

<sup>78</sup> Michael GORDON, *The New York Times* (18 de marzo de 2003).

Estados Unidos ha preferido una guerra con poco riesgo. La respuesta al peor ataque en suelo estadounidense sólo condujo a la contratación de mercenarios. Ni siquiera se enviaron tropas para sellar la frontera con Pakistán. ¿Quién sabe cuántos seguidores de Bin Laden la atravesaron? ¿Quién sabe si el propio Bin Laden estaba entre ellos?<sup>79</sup>

La incompetencia y la irracionalidad impulsada por la ideología son explicaciones habituales y a veces plausibles de los muchos casos de comportamiento desconcertante por parte de la Administración de Bush. La guerra «con poco riesgo» de Afganistán, evitando bajas en la caza de Bin Laden, constituía sin embargo una opción totalmente racional, si el objetivo de la Guerra contra el Terror no era únicamente capturar terroristas, sino reconfigurar la geografía política de Asia occidental con el objetivo de iniciar un nuevo siglo americano. Desde la perspectiva de ese objetivo más amplio, Afganistán era un lugar muy poco propicio para poner a prueba la mayor disposición de los estadounidenses a sufrir bajas en el exterior tras el 11 de Septiembre. Era muy razonable suponer que «concluir la tarea» en Afganistán costaría más vidas estadounidenses y aportaría menos ventajas políticas y económicas que lanzarse a la conquista de Iraq.

La exitosa guerra relámpago contra Bagdad pareció inicialmente satisfacer estas expectativas, cuando las fuerzas armadas iraquíes se evaporaron sin ofrecer prácticamente ninguna resistencia. Sin embargo, en junio de 2003, las bajas estadounidenses comenzaron a aumentar, lenta pero incesantemente. Y lo que era aún peor, las ventajas políticas y económicas disminuyeron precipitadamente cuando los planes estadounidenses de reconfigurar Iraq según sus intereses chocaron con la realidad sobre el terreno y tuvieron que ser revisados, rebajados o abandonados. Aun así, en esta ocasión Washington parecía decidido a «concluir la tarea» aunque tuviera que redefinir la naturaleza de esa «tarea». Un año después de la invasión, en medio de crecientes dificultades, Bush lanzó el eslogan: «debemos mantener el rumbo decidido en Iraq», pese a las críticas abiertas de sus generales<sup>80</sup>. Ocho meses después, en diciembre de 2004, Bush reconoció por primera vez que los iraquíes reclutados con los que su Administración contaba para asumir el control de la seguridad no estaban a la altura de la tarea, de lo que se deducía que el gobierno estadounidense no tenía estrategia de salida para sus propias tropas. Al día siguiente una explosión arrasó la cantina de una base militar estadounidense cerca de Mosul, matando a más de veinte soldados e hiriendo al triple. Como se lamentaba un editorial del *International Herald Tribune*: «Cuando han pasado veintiún meses desde la invasión estadounidense, las fuerzas mi-

---

<sup>79</sup> Richard COHEN, *International Herald Tribune* (9 de enero de 2002).

<sup>80</sup> «Ese rumbo –replicó el antiguo comandante del CENTCOM, general Anthony Zinni– nos lleva directamente a las cataratas del Niágara», mientras que el comandante de la 82.<sup>a</sup> División Aerotransportada, general Charles Swannack, reconocía que «estratégicamente» Estados Unidos está perdiendo la guerra. Chalmers JOHNSON, *History News Network* (14 de junio de 2004), <http://hnn.us/articles/5611.html>.

litares estadounidenses siguen combatiendo esencialmente solas a lo que parece una insurgencia creciente, sin claras perspectivas de un éxito decisivo a corto o medio plazo»<sup>81</sup>.

El problema, en palabras de un experto en defensa conservador, era que mientras que Estados Unidos esperaba enfrentarse a formaciones convencionales, «el enemigo planeaba operaciones elusivas y no convencionales». En consecuencia, «lo que parecía inicialmente una gran victoria convencional ahora parece un desafío militar para el que no contamos con una respuesta adecuada. Se trata evidentemente de un problema muy serio, porque todo el mundo puede ver ahora en Iraq la pauta de Vietnam y de Somalia»<sup>82</sup>.

En realidad, el problema que Estados Unidos afronta en Iraq podría ser mucho más serio que el de Vietnam. La situación de bloqueo político es similar: entonces Washington fue incapaz de poner fin a la guerra mucho después de que se hubiera evidenciado su futilidad, porque la retirada, en palabras de Nixon, mostraría que Estados Unidos era un «lamentable gigante impotente», induciendo así «el totalitarismo y la anarquía en todo el mundo»<sup>83</sup>. La pérdida de poder que Estados Unidos sufriría como consecuencia de su incapacidad para imponer su voluntad contra la resistencia iraquí sería mucho mayor e irremediable que la que experimentó debido a su derrota en Vietnam.

La razón principal no es la dependencia estadounidense del petróleo de Asia occidental<sup>84</sup>, sino por el contrario, como he dicho anteriormente, que Iraq no es Vietnam y que 2003 no es 1968. En términos puramente militares los insurgentes iraquíes, a diferencia de los vietnamitas, no cuentan

<sup>81</sup> *International Herald Tribune* (23 de diciembre de 2004).

<sup>82</sup> Lee Thompson, Lexington Institute, citado en *The Boston Globe* (11 de octubre de 2004). Como ha documentado Seymour Hersh, Saddam Hussein había planeado una insurgencia no convencional ya en 2001, cuando la elección como presidente de George W. Bush llevó a altos puestos de la Administración a muchos de los funcionarios que, durante y después de la primera Guerra del Golfo, habían propugnado el cambio de régimen de Bagdad. S. HERSH, «The Stovepipe», *The New Yorker* (27 de octubre de 2003) y *Chain of Command: The Road from 9/11 to Abu Ghraib*, Nueva York, 2004.

<sup>83</sup> Citado en William Pfaff, *International Herald Tribune* (24-25 de julio de 2004). Con una formulación más colorista, el periódico saudí *Arab News* describía el poderío militar estadounidense a raíz de las revelaciones de Abu Ghraib como «un Leviatán con la velocidad de respuesta de un buey de músculos rígidos y la limitada comprensión de un ratón» (*The Washington Post* [5 de mayo de 2004]). La imagen recuerda la «espantosa metáfora» con la que Michael Mann ilustraba su perspicaz afirmación de que «el imperio estadounidense se convertirá en un gigante militar, un agente económico de segunda fila, un esquizofrénico político y un fantasma ideológico. El resultado es un monstruo deforme y perturbado que se tambalea torpemente por el mundo», M. Mann, *Incoherent Empire*, cit., p. 13.

<sup>84</sup> *Pace* George Soros: «Después de invadir Iraq no podemos escapar de allí. La presión interna en favor de la retirada seguirá probablemente creciendo, como durante la guerra de Vietnam, pero la retirada infligiría daños irreparables a nuestra posición en el mundo. A este respecto, Iraq es peor que Vietnam, debido a nuestra dependencia del petróleo de Oriente Medio»; *The Guardian* (26 de enero de 2004).



con vehículos acorazados, ni con la larga experiencia de guerra de guerrillas en un entorno natural favorable, ni con el apoyo de una superpotencia como la Unión Soviética; en estos y otros aspectos son un adversario mucho menos formidable que los vietnamitas. Además, durante las tres décadas que separan la retirada estadounidense de Vietnam y la invasión de Iraq, el ejército estadounidense ha experimentado una reestructuración fundamental, destinada específicamente a revertir el veredicto de Vietnam. Esta «profesionalización» de las fuerzas armadas pretendía tanto mejorar su capacidad de combate como liberarlas de las restricciones que suponía para la acción militar y la disciplina un constante reemplazo de soldados-civiles y oficiales fugaces. Combinada con las extraordinarias mejoras tecnológicas del armamento estadounidense que han tenido lugar en este mismo periodo de treinta años, la reestructuración convirtió al aparato militar estadounidense en una fuerza mucho más letal en 2003 que en la época de la guerra de Vietnam.

En resumen, la disparidad de fuerzas entre los invasores estadounidenses y la resistencia local iraquí en 2003 era incomparablemente mayor que en Vietnam, y por eso es por lo que la Administración de Bush esperaba que la invasión de Iraq revirtiera el veredicto de Vietnam; pero también por esta misma razón un eventual fracaso constituiría un golpe mucho más duro para la credibilidad del ejército estadounidense que la derrota en Indochina. Si la doctrina Powell planteaba el interrogante de para qué servía contar con un gran ejército si no se podía emplear, el cenagal iraquí, como ha señalado Andrew Bacevich, plantea una cuestión mucho más preocupante: «¿De qué sirve emplear ese gran ejército si los resultados son Faluya, Nayaf y Kerbala?»<sup>85</sup>.

## El declive de la influencia estadounidense

Evidentemente, sea cual sea el resultado de la guerra en Iraq, Estados Unidos seguirá siendo la principal potencia militar del mundo durante algún tiempo, pero así como sus dificultades en Vietnam precipitaron la «crisis-señal» de la hegemonía estadounidense, es probable que sus dificultades en Iraq lleguen a ser vistas retrospectivamente cómo las que precipitaron su «crisis terminal». Esta crisis viene acechando desde hace tiempo y tenía que llegar, más pronto o más tarde, de una forma u otra, fueran cuales fueran las iniciativas de Bush o de cualquier otra Administración. Pero la forma particular en que está teniendo lugar está determinada por la decisión de invadir Iraq con la esperanza de que una fácil victoria revirtiera el veredicto de Vietnam y estableciera las bases de un nuevo siglo americano.

---

<sup>85</sup> Andrew BACEVICH, «A Modern Major General», *NLR* 29 (septiembre-octubre de 2004), p. 132 [ed. cast.: «Un general moderno», *NLR* 29 (noviembre-diciembre de 2004), p. 126].

Como he indicado anteriormente, la guerra de Clinton en Kosovo tenía como objetivo demostrar, entre otras cosas, que el apoyo de la ONU a las acciones de policía estadounidense respaldadas por la OTAN era prescindible. La guerra de Bush en Iraq estaba destinada a demostrar que también era prescindible la OTAN. La premisa, en palabras de un neoconservador experto en política exterior era que:

Durante los últimos 500 años o más, no ha existido una diferencia mayor entre la potencia número uno y la potencia número dos del mundo. Dado este dominio estadounidense, la Administración de Bush creía que bastaba expresar firmemente el interés nacional estadounidense para que todos se acomodaran a él<sup>86</sup>.

Pero resultó que casi ninguno de los países importantes lo hizo. Excepto por lo que hace a Gran Bretaña, que se comporta cada vez más como el quincuagésimo primer Estado de la Unión, y una lastimosa «coalición de los dispuestos»<sup>87</sup>, el resto del mundo rechazó el liderazgo estadounidense hasta un nivel sin precedentes en los anales de la hegemonía estadounidense. Evidentemente, muchos críticos extranjeros de la invasión de Iraq no se regocijaban ante los apuros estadounidenses allí. Como explicaba un consejero del Instituto Francés de Relaciones Internacionales:

Cuando Estados Unidos se encuentra empantanado en el exterior, se crea un gran problema para el resto del mundo. Si Estados Unidos pretendiera retirarse ahora de Iraq, otros países se verían en la extraña situación de tener que presionar para que permaneciera allí, después de haberle pedido previamente que no se lanzara a la invasión sin una resolución de las Naciones Unidas. Tras una rápida retirada, el foco de la preocupación internacional se desplazaría rápidamente de los peligros de dominio global estadounidense a los peligros de un mundo privado del compromiso internacional estadounidense. El problema es que, si la estrategia actual en Iraq no funciona realmente, no hay una alternativa convincente. Es poco probable que enviar más tropas estadounidenses o entregar el poder a los iraquíes suponga una gran diferencia. Estados Unidos se encuentra metido en un embrollo, pero nosotros también<sup>88</sup>.

El razonamiento en esa línea motivó probablemente la resolución unánime del Consejo de Seguridad de la ONU de 16 de octubre de 2003, que ofrecía a la ocupación estadounidense cierta legitimidad jurídica y llamaba a los gobiernos del mundo a apoyarla. Esa legitimidad jurídica le im-

<sup>86</sup> Norman Ornstein, American Enterprise Institute, citado en Roger Cohen, *The New York Times*, 12 de octubre de 2004.

<sup>87</sup> De los 28 países aliados que todavía tenían tropas en Iraq en diciembre de 2004, un comentarista informó que «sólo ocho tienen más de 500 soldados. La mayoría de ellos están allí como escaparaté y, debido a las dificultades de lengua y equipamiento, algunos contingentes —como los 28 soldados de Macedonia o los 29 de Kazajstán— pueden ser más un estorbo que una ayuda»: Nicholas KRISTOF, *The New York Times* (11 de diciembre de 2004). Desde entonces uno de los países con más de 500 soldados, Ucrania, ha anunciado su retirada.

<sup>88</sup> Dominique MOISI, *Financial Times* (14 de noviembre de 2003).

portaba a Estados Unidos ante todo, si no exclusivamente, como un medio para extraer recursos de otros Estados para cubrir los costes humanos y financieros cada vez mayores de la ocupación de Iraq. De hecho, el propósito principal de la presentación apresurada de la resolución en el Consejo de Seguridad de la ONU fue asegurar el éxito de la «conferencia de donantes» que Estados Unidos había convocado en Madrid para la semana siguiente, pero los escasos resultados (menos de 5.000 millones de dólares comprometidos, frente a los 54.000 millones conseguidos para la primera Guerra del Golfo) ofrecían una buena medida de la deflación que había experimentado el poder estadounidense como consecuencia de la transformación de su hegemonía en pura dominación.

Un índice aún más preciso era el declive de la influencia estadounidense en la región de Asia occidental, cuya geografía política se suponía que iba a quedar reconfigurada de acuerdo con los intereses y valores estadounidenses gracias a la invasión de Iraq. En la primavera de 2004 los problemas de la ocupación habían privado de significado práctico a la cuestión de cómo la utilizaría Estados Unidos, haciendo que Friedman se lamentara de que

estamos en peligro de perder algo mucho más importante que la guerra en Iraq. Estamos en peligro de perder a Estados Unidos como instrumento de autoridad moral e inspiración en el mundo. En toda mi vida no he conocido un momento en el que Estados Unidos y su presidente fueran más odiados en todo el mundo que hoy [...]. La Guerra contra el Terrorismo es una guerra de ideas, y para tener alguna probabilidad de ganarla debemos mantener la credibilidad de nuestras ideas [...]. No podemos ganar una guerra de ideas contra [Al Qaeda] por nosotros mismos. Sólo pueden hacerlo los árabes y musulmanes [...]. Pero es difícil tener aliados cuando uno se vuelve tan radiactivo que nadie quiere mantenerse cerca<sup>89</sup>.

De hecho, Estados Unidos se había vuelto tan «radiactivo» que tuvo que desechar los planes para promover una serie de reformas políticas aparentes en el llamado Gran Oriente Medio. Cuando, en febrero de 2004, un periódico árabe publicó un borrador del llamamiento de la Administración de Bush para que los países más ricos del mundo presionaran en favor de un cambio en la región, varios dirigentes árabes reaccionaron con irritación y Mubarak llegó a calificar al plan de «ilusorio», siendo retirado por Bush rápidamente. Pocos meses después Washington trató de utilizar los instrumentos del «poder blando» patrocinando una agenda multilateral basada en un informe de la ONU sobre el desarrollo humano en el mundo árabe en la reunión en la cumbre del G-8 en la Isla del Mar en Georgia. Los autores del informe, no obstante, criticaron ásperamente la iniciativa, apuntando que Estados Unidos tenía poca credibilidad en el mundo árabe y que cuanto más relacionado apareciera con el informe de la ONU so-

---

<sup>89</sup> *The New York Times* (6 de mayo de 2004).

bre el desarrollo, más socavaría la autoridad de su trabajo. En diciembre de 2004, cuando el secretario de Estado Colin Powell acudió a una cumbre en Marruecos tratando de promover la democracia en el mundo árabe, Estados Unidos parecía haber renunciado a tratar de encabezarla. Los dirigentes árabes, señalaba un funcionario estadounidense, estaban «dispuestos a recibir las ayudas, pero no a llevar a cabo las reformas»<sup>90</sup>.

El problema para Estados Unidos no era sólo la percepción generalizada entre los árabes y musulmanes de que la invasión de Iraq estaba destinada a reforzar a Israel frente a la resistencia palestina y al mundo árabe en general, ni su resentimiento frente a la reproducción a mayor escala en Iraq del tipo de dominación coercitiva que Israel había puesto en práctica en los territorios palestinos: la «asombrosa similitud en las tácticas militares»; la «parecida desatención a la suerte de las víctimas»; y la «excesiva solicitud hacia las desgracias de los agresores»<sup>91</sup>. El problema era también –y especialmente– la percepción entre los grupos dominantes del mundo árabe y musulmán de que el sometimiento a Estados Unidos conllevaba costes y riesgos más altos que la desobediencia. Mientras que las dificultades en Iraq restaban credibilidad a las amenazas estadounidenses de utilizar la fuerza militar contra otros países musulmanes, el Estado que había ganado más de la guerra era Irán, que era el siguiente en la lista estadounidense de países de la región de Asia occidental en los que se debía producir un cambio de régimen:

Estados Unidos ha destruido al peor enemigo de Irán, al mismo tiempo que dañaba considerablemente su propia credibilidad en la región; los aliados políticos de Irán en Iraq, los kurdos y los chiíes, están integrados en la estructura del nuevo gobierno y nunca han sido tan fuertes; y el país está ahora abocado a desempeñar un papel importante, si no decisivo, en la formación de cualquier nuevo sistema político y social en Iraq. A Irán [...] no le disgustaría ver a los estadounidenses empantanados en Iraq durante un largo periodo, con costes considerables. Le complace que, por primera vez en la política de un país árabe, la comunidad chií [...] goce ahora de un *status* público, legítimo e internacionalmente reconocido<sup>92</sup>.

Como reconocen los funcionarios estadounidenses e iraquíes, el predominio chií en Iraq, unido a su supremacía en Irán, sería particularmente peligroso para los Estados –gobernados por sunnís– fronterizos con Iraq en torno al golfo Pérsico, conllevando la amenaza de un creciente desasosiego entre las poblaciones chiíes largamente oprimidas. «Si Iraq se convierte en una república islámica –advertía el rey Abdullah de Jordania–,

<sup>90</sup> Joel BRINKLEY, *The New York Times* (5 de diciembre de 2004); François HEISBOURG, *International Herald Tribune* (23 de marzo de 2004).

<sup>91</sup> En los meses que precedieron a la guerra funcionarios estadounidenses e israelíes expresaron muy abiertamente la esperanza de que una rápida victoria sobre Iraq reforzara la seguridad de Israel demostrando a los dirigentes árabes que el desafío no era rentable. Para una buena selección de declaraciones al respecto, véase Sukumar MURALIDHARAN, «Israel: An Equal Partner in Occupation of Iraq», *Economic and Political Weekly* (9 de octubre de 2004).

<sup>92</sup> Fred HALLIDAY, «America and Arabia after Saddam», *openDemocracy* (13 de mayo de 2004).

habremos abierto todo un conjunto de nuevos problemas que no se limitarían a las fronteras de Iraq.»<sup>93</sup>

Resulta difícil decir cuáles serán los resultados finales de la invasión estadounidense de Iraq en el conjunto de la región. Incluso la «victoria» iraní puede resultar temporal, dada la creciente atrofia e impopularidad del régimen de los ayatollahs y la posibilidad de un «último hurra» del proyecto neoconservador<sup>94</sup>. Lo único seguro es que, sea cual sea el resultado, no se parecerá en absoluto al borrador que llevó a Estados Unidos a Iraq. Lejos de marcar el inicio de un nuevo siglo americano, probablemente significará el fin del primero y único, el «largo» siglo xx.

### *La extraña muerte del proyecto de globalización*

La idea de que podemos estar asistiendo a la crisis terminal de la hegemonía estadounidense se hace más convincente cuando atendemos al impacto de la guerra de Iraq sobre el papel central de Estados Unidos en la economía política global. Como subrayaba Harvey, los objetivos del proyecto imperial neoconservador, tanto en Estados Unidos como en la escena mundial, sólo eran coherentes en parte con las proclamaciones neoliberales de su creencia en la existencia de mercados supuestamente autorregulados. Como indiqué anteriormente, si el funcionamiento del libre mercado amenaza socavar la posición central estadounidense, los neoconservadores están dispuestos a transformar la guerra de baja intensidad desarrollada en todo el globo bajo el neoliberalismo en una confrontación espectacular, capaz de eliminar la amenaza de una vez para siempre. La invasión de Iraq pretendía ser esa confrontación: una primera operación táctica en una estrategia a largo plazo destinada a utilizar el poderío militar para establecer el control estadounidense sobre el grifo global del petróleo, y, por lo tanto, sobre la economía global, durante otros cincuenta años o más.

Las consecuencias inesperadamente desastrosas de la invasión de Iraq plantean la cuestión de qué era tan amenazador para el poderío estadounidense en el resultado del «proyecto de globalización» de las décadas de los

<sup>93</sup> Citado en Roula KHALAF, *Financial Times* (18-19 diciembre de 2004).

<sup>94</sup> Según Seymour Hersh, el deterioro de la seguridad en Iraq no ha llevado a la Administración de Bush a reconsiderar su objetivo básico de largo alcance en Asia occidental. Por el contrario, «la reelección de Bush se considera en la Administración como una demostración del apoyo de la población estadounidense a la decisión de ir a la guerra. Ha consolidado la posición de los neoconservadores en la dirección civil del Pentágono que propugnaba la invasión». Algo más preocupante para Irán es lo que le dijo un antiguo alto funcionario de inteligencia a Hersh: «Iraq es sólo una campaña. La Administración de Bush considera toda esa región como una enorme zona de guerra. A continuación tendremos la campaña de Irán. Hemos declarado la guerra, y los malos, estén donde estén, son el enemigo. Éste es el último hurra; hemos ganado cuatro años y queremos salir de esto pudiendo decir que ganamos la Guerra contra el Terrorismo». S. HERSH, «The Coming Wars: What the Pentagon Can Now Do in Secret», *The New Yorker* (24 y 31 de enero de 2005).

ochenta y noventa como para empujar a los conservadores a una aventura tan arriesgada. La liberalización del comercio mundial y de los movimientos de capitales patrocinada por Washington, ¿no había dado lugar a una importante reflación del poder estadounidense tras las múltiples crisis de la década de los setenta? El veredicto de un mercado global centrado en Estados Unidos y regulado por este país, complementado por un uso prudente de la guerra de baja intensidad, ¿no era la mejor garantía de la reproducción de la posición central estadounidense en la economía política global?

Pese a toda su retórica de libre mercado, la Administración de Bush nunca ha sido tan entusiasta como la de Clinton con respecto al proceso de liberalización multilateral del comercio y los movimientos de capital, que constituyó el aspecto institucional primordial de la llamada globalización. De hecho, el término «globalización» raramente ha aparecido, si es que alguna vez lo ha hecho, en los discursos del presidente Bush. Según un importante consejero presidencial esa palabra «le hace sentirse incómodo». En diciembre de 2003, cuando la Administración de Bush fue multada por la OMC por los aranceles aplicados en 2002 al acero importado, bajo la amenaza de sanciones por valor de 2.300 millones de dólares, ese consejero explicaba que la Casa Blanca «piensa que durante la década de los noventa olvidamos poner por delante los intereses de Estados Unidos. Así pues, la globalización suena como la creación de un cúmulo de reglas que pueden restringir las opciones del presidente y que diluyen la influencia estadounidense»<sup>95</sup>.

El intento de la Administración de liberarse de las restricciones que impone la globalización al poder estadounidense ha sido muy evidente en la esfera financiera. Niall Ferguson, contrastando la situación financiera de Estados Unidos con la de Gran Bretaña un siglo antes, señalaba que en el caso británico la hegemonía «también significaba *hegemoney*». Como banquero del mundo, Gran Bretaña, en su momento cumbre, «nunca tuvo que preocuparse por una estampida contra la libra», pero Estados Unidos, mientras derroca «régimenes delincuentes», primero en Afganistán y ahora en Iraq, es el país más endeudado del mundo». Esta situación es el resultado de un déficit cada vez mayor en la balanza de pagos por cuenta corriente, que aproximadamente totalizaba unos 3 billones de dólares desde 1982 y suponía más de 1.500 millones de dólares diarios en el momento de la invasión de Iraq.

Así, la idea del presidente Bush de una remodelación del mundo mediante la fuerza militar para adaptarlo a los gustos estadounidenses, tiene un corolario

---

<sup>95</sup> *The New York Times* (7 diciembre de 2003). Véase también Chalmers JOHNSON, *The Sorrows of Empire: Militarism, Secrecy, and the End of the Republic*, Nueva York, 2004. La Administración de Bush ha preferido en gran medida los acuerdos de libre comercio bilaterales a los multilaterales. La única negociación multilateral que ha apoyado –la nueva ronda sobre el comercio global iniciada en Doha poco después de los ataques del 11 de Septiembre– reventó espectacularmente dos años después en Cancún, debido sobre todo a las subvenciones agrícolas estadounidenses y europeas.

picante: el esfuerzo militar será financiado (a regañadientes) por los europeos –incluidos los denostados franceses– y los japoneses. ¿No les da esto un poco de influencia sobre la política estadounidense, según el principio de quien paga manda? Balzac dijo en cierta ocasión que si un deudor era lo bastante grande entonces tenía poder sobre sus acreedores; lo fatal es ser un pequeño deudor. Parece que el señor Bush y sus hombres han aprendido esa lección de memoria<sup>96</sup>.

En realidad no eran los europeos los principales financiadores del enorme déficit por cuenta corriente estadounidense, aunque la inversión privada europea desempeñó un importante papel en la financiación del déficit estadounidense en los últimos años de la burbuja financiera de la nueva economía. Los más importantes financiadores del déficit por cuenta corriente estadounidense han sido, de lejos, los gobiernos de Asia oriental, que han realizado enormes compras de títulos públicos estadounidenses y han acumulado enormes reservas de divisas extranjeras denominadas en dólares. Entre estos, y ocupando el primer puesto, los japoneses, pero, en una medida cada vez más significativa, también los chinos<sup>97</sup>.

Las principales motivaciones de las instituciones estatales que han financiado el creciente déficit por cuenta corriente estadounidense no son estrictamente económicas sino políticas. Ferguson cita al economista jefe del FMI, Kenneth Rogoff, quien afirmó que estaría «bastante preocupado por un país en vías desarrollo que tuviera un déficit por cuenta corriente año tras año, tan lejos como alcanza la memoria, del 5 por 100 o más, haciendo que los números del presupuesto viraran del negro al rojo». Evidentemente, como se apresuraba a añadir Rogoff, Estados Unidos no es un país en vías desarrollo; pero –aunque ni Rogoff ni Ferguson lo dicen– tampoco es un país «desarrollado» corriente. Estados Unidos espera y obtiene de otros Estados e instituciones internacionales –en primer lugar y ante todo del FMI– un trato preferencial en la gestión de sus finanzas que ningún otro

---

<sup>96</sup> Niall FERGUSON, *The New York Times* (20 de abril de 2003). El argumento se desarrolla más en Niall FERGUSON, *Colossus: The Price of America's Empire*, Nueva York, 2004, pp. 261-295.

<sup>97</sup> Mientras que «los inversores extranjeros dedicaron durante la década de los noventa billones de dólares a la adquisición de empresas estadounidenses [...], la mayor parte del dinero llega ahora, no de inversores privados, sino de gobiernos extranjeros, encabezados por Japón y China. Más que beneficios, su objetivo ha sido estabilizar los tipos de cambio [...]. Muchos economistas sostienen que los bancos centrales de Asia han creado una versión informal del sistema de Bretton Woods de tipos de cambio fijos que se mantuvo desde poco después de la Segunda Guerra Mundial hasta comienzos de la década de los setenta», Edmund ANDREWS, *The New York Times* (16 de noviembre de 2004). Según las últimas estimaciones, a finales de 2004, alrededor del 13 por 100 de las acciones estadounidenses, el 24 por 100 de las obligaciones empresariales y el 43 por 100 de los bonos del Tesoro estadounidense estaban en manos extranjeras (Robert SAMUELSON, *The Washington Post* [17 de noviembre de 2004]). La mayor cantidad de bonos del Tesoro estadounidense estaba en poder de Japón (740.000 millones de dólares), seguido por China (174.000 millones) y Taiwán (57.000 millones). Sumando las de Hong Kong, Singapur, Corea del Sur y Tailandia, las carteras de títulos del Tesoro estadounidense en manos de inversores de Asia oriental totalizaban 1,1 billones de dólares (William PESEK, *International Herald Tribune* [7 de diciembre de 2004]).

país, por muy «desarrollado» que esté, podría esperar. Eso no se debe primordialmente al efecto Balzac, sino, más bien, al peso y centralidad sin paralelo de Estados Unidos en la economía global, y a la percepción generalizada (al menos antes de la actual crisis de Iraq) de que el poderío militar estadounidense es esencial para la estabilidad política del mundo. A este respecto, poder y centralidad en la economía política global son mucho más importantes para Estados Unidos de lo que lo fueron nunca para Gran Bretaña, ya que Gran Bretaña podía contar con algo con lo que no puede contar Estados Unidos: un imperio territorial en la India del que podía extraer casi tantos recursos financieros y militares como quisiera<sup>98</sup>.

Podemos resumir, por lo tanto, la situación estadounidense de dominación sin «hegemonía» del siguiente modo: como en el caso británico en una fase comparable de su declive relativo, el creciente déficit por cuenta corriente estadounidense refleja un deterioro de la situación competitiva de las empresas estadounidenses en su propio país y en el extranjero. Como en el caso británico, aunque con menor éxito, el capital estadounidense ha contrarrestado parcialmente ese deterioro especializándose en la intermediación financiera global. Pero a diferencia de Gran Bretaña, Estados Unidos no cuenta con un imperio territorial del que extraer los recursos necesarios para mantener su preeminencia político-militar en un mundo cada vez más competitivo.

### Fragilidades de la *belle époque*

Gran Bretaña, como sabemos, perdió finalmente su preeminencia. A medida que se intensificaba la competencia de los viejos y nuevos rivales empeñados en la construcción de imperios, lo cual creó un ambiente favorable para la rebelión de los súbditos coloniales, los costes del imperio llegaron a hacerse mayores que sus beneficios. Cuando a Gran Bretaña le resultó cada vez más difícil hacer que el imperio se pagara a sí mismo, y más aún que proporcionara un excedente, el país se endeudó cada vez más con Estados Unidos, que combinaba menores costes de producción y mayor destreza en la guerra industrializada que Gran Bretaña o cualquiera de sus rivales. Con el tiempo, esta situación obligó a Londres a liquidar su imperio de ultramar y a buscar la posición de socio menor de la nueva potencia hegemónica. Aun así, hicieron falta dos guerras mundiales –ambas ganadas militarmente por Gran Bretaña que, sin embargo, las perdió financieramente– para que perdiera su anterior posición como principal país acreedor del mundo<sup>99</sup>.

<sup>98</sup> Sobre esta diferencia, véase G. Arrighi, «The Social and Political Economy of Global Turbulence», cit., pp. 44-46. En la segunda parte de este trabajo volveremos sobre la centralidad de la exacción de impuestos y tributos de la India para la hegemonía británica.

<sup>99</sup> Giovanni ARRIGHI y Beverly J. SILVER, *Chaos and Governance in the Modern World System*, Mineápolis, 1999, pp. 72-87 [ed. cast.: *Caos y orden en el sistema-mundo moderno*, Madrid, Akal, 2001].



Estados Unidos, por el contrario, se ha convertido en un país endeudado mucho antes y mucho más masivamente que el Reino Unido, no sólo debido a su orientación consumista, sino también porque no contaba con una India de la que extraer, gratis, todas las tropas que necesitara para una serie interminable de guerras en el Sur global como hizo Gran Bretaña durante su propia hegemonía. Washington no sólo tenía que pagar las tropas estadounidenses y su armamento, muy intensivo en capital; además, en lugar de extraer tributos de un imperio en ultramar, tenía que competir agresivamente en los mercados financieros mundiales por el capital necesario para equilibrar el crecimiento disparado de su déficit por cuenta corriente. Y, aunque lo consiguió espléndidamente durante las décadas de los ochenta y noventa, el capital que atraía, a diferencia de la contribución india a la balanza de pagos británica, no era gratis; por el contrario, generaba un flujo expansivo de rentas para residentes en el extranjero que ha hecho cada vez más difícil equilibrar el déficit por cuenta corriente.

De ahí se sigue que la *belle époque* estadounidense de la década de los noventa se basó en un círculo virtuoso que en cualquier momento podía convertirse en vicioso. Este círculo virtuoso pero potencialmente vicioso descansaba sobre la sinergia de dos condiciones: la capacidad de Estados Unidos para presentarse a sí mismo como garante en última instancia de las funciones globales de mercado y como potencia político-militar indispensable; y la capacidad y voluntad del resto del mundo de proporcionar a Estados Unidos el capital necesario para seguir satisfaciendo esas funciones a una escala cada vez mayor. El colapso del bloque soviético, las espectaculares «victorias» en las guerras del Golfo y de Yugoslavia y el surgimiento de la burbuja de la «nueva economía» confirieron un tremendo impulso a la sinergia entre la riqueza y poder estadounidense, por un lado, y el aflujo de capital extranjero, por otro. Pero si cualquiera de estas dos condiciones se modificaba, esa sinergia se podía invertir y convertir el círculo virtuoso en uno vicioso.

Bush, que llegó al poder justo después de la implosión de la burbuja de la nueva economía, tenía muchas razones para sentirse «incómodo» con la política de la era Clinton<sup>100</sup>. Durante la expansión de la burbuja la mayor parte del capital extranjero que fluía a Estados Unidos era capital privado en busca de beneficio, al tiempo que los inversores privados constituían una masa amorfa que no tenía apenas influencia sobre la política estadounidense. Sin embargo, como hemos indicado, tras el pinchazo de

---

<sup>100</sup> Antes de la invasión de Iraq se multiplicaron los presagios que establecían comparaciones entre Estados Unidos tras la burbuja y Japón. El hecho de que en 2002 los valores estadounidenses se depreciaran por tercer año consecutivo, en el más largo periodo de pérdidas registrado desde 1939-1941, no era precisamente alentador. La combinación sin precedentes de estímulos presupuestarios y financieros puesta en práctica por la Administración de Bush (véase más adelante) alivió pero no llegó a disipar completamente los temores de que Estados Unidos pudiera reproducir en la década de 2000 la experiencia japonesa durante la década de los noventa.

la burbuja, el aflujo de capital adquirió un cariz cada vez más político, y los gobiernos que financiaban el creciente déficit por cuenta corriente estadounidense obtuvieron necesariamente una capacidad de influencia no desdeñable sobre las políticas estadounidenses; aunque en un primer momento eso no supuso un gran problema para Washington, porque la mayoría de los Estados acreedores del Oriente asiático —en primer lugar y ante todo, Japón— dependen profundamente de Estados Unidos para garantizar su seguridad y prosperidad, esa situación cambió radicalmente, como veremos, con el surgimiento de China como destino alternativo para las exportaciones y la inversión de Asia oriental y como acreedor importante de Estados Unidos. Pero, aun prescindiendo del factor chino, la creciente dependencia financiera de gobiernos extranjeros restringía inevitablemente la capacidad estadounidense para perseguir su interés nacional en las negociaciones multilaterales y bilaterales que promovían y regulaban la integración económica global. En junio de 1997, por ejemplo, en su viaje de regreso tras una cumbre del G-8 en Denver, en la que la Administración de Clinton se ufano de los éxitos de la floreciente economía estadounidense, el primer ministro japonés le explicó a su audiencia neoyorquina que Japón había sentido la tentación de vender grandes cantidades de bonos del Tesoro estadounidense durante sus negociaciones con Estados Unidos sobre ventas de automóviles, y también cuando los tipos de cambio fluctuaban salvajemente mientras Estados Unidos parecía preocuparse únicamente por cuestiones domésticas. Como señalaba un comentarista, Hashimoto «estaba simplemente recordando a Washington que mientras se robustecía [...] la economía estadounidense, los que pagaban la cuenta eran los blancos centrales de Asia»<sup>101</sup>.

## La financiación del segundo siglo americano

La decisión de la Administración de Bush de responder al 11 de Septiembre desencadenando una guerra prolongada en múltiples frentes hizo aún más urgente la necesidad de cambiar la política de la década de los noventa. ¿Cómo se podía financiar esa guerra, dado el gran endeudamiento con otros países? Había cuatro respuestas posibles a esa pregunta: elevar los impuestos; endeudarse aún más con el exterior; hacer que la guerra se autofinanciara; o aprovechar los privilegios de señoreaje que Estados Unidos disfruta en virtud de la aceptación general del dólar estadounidense como moneda internacional.

Elevar los impuestos era imposible. Tras ganar las elecciones con un programa de reducciones generalizadas de impuestos, la Administración de Bush no podía elevarlos sin malquistarse con el núcleo de su base electoral, cometiendo así un suicidio político. Además, la popularidad del esfuerzo bélico descansaba en gran medida en la creencia, alentada por la

<sup>101</sup> William PESEK, *International Herald Tribune* (7 de diciembre de 2004).

Administración, de que Estados Unidos no tendría que elegir entre cañones y mantequilla sino que podría tener más de unos y de otra. De hecho, la crisis del 11 de Septiembre se utilizó para desencadenar dos guerras para cuya financiación se aprovechó los superávit alcanzados por la Administración anterior gastando mientras se reducían los impuestos. Visto retrospectivamente, se lamenta Friedman, Estados Unidos «prolongó la burbuja punto.com con la “burbuja 11 de Septiembre” [...]. La primera fue financiada por inversores atolondrados, y la segunda por una Administración y un Congreso igualmente atolondrados»<sup>102</sup>.

Endeudarse más con el extranjero era posible pero dentro de ciertos límites económicos y políticos. En el plano económico los límites venían dados por la necesidad de mantener bajos los tipos de interés a fin de reanimar la economía doméstica tras la caída de Wall Street en 2000-2001, que el 11 de Septiembre había agravado, y en el político por la renuncia de la Administración de Bush a conceder a los gobiernos extranjeros más influencia sobre la política estadounidense. El endeudamiento con los gobiernos extranjeros aumentó efectivamente tras el 11 de Septiembre, como lo hizo asimismo su influencia, y así, desde que Bush accedió al poder, los bancos centrales de Asia oriental han ido aumentando sus reservas de bonos del Tesoro estadounidense a un ritmo de casi 500 millones de dólares al día, esto es, aproximadamente la tercera parte del déficit diario por cuenta corriente estadounidense. La financiación del déficit fue quedando así a merced de esos bancos, pero tal situación no era el resultado tanto de una política estadounidense consciente de incremento del endeudamiento, como de las decisiones de gobiernos extranjeros que por razones propias deseaban seguir financiando un déficit por cuenta corriente cuyo crecimiento Estados Unidos no podía controlar.

Hacer que la guerra se autofinanciara era algo más fácil de decir que de hacer. La reorientación antes señalada de la inacabada guerra en Afganistán a Iraq, no se debió sólo a la expectativa de que supusiera un terreno más favorable para la victoria estadounidense, como resumía la observación de Rumsfeld de que ofrecía «mejores blancos» que Afganistán; se debía también a la esperanza de que el petróleo iraquí proporcionara los medios para la consolidación del poder estadounidense, tanto en Iraq como en el conjunto de Asia occidental. Como sabemos ahora, ambas expectativas han quedado frustradas. Una vez que se machacaron los «mejores blancos iraquíes», el petróleo no bastó para cubrir los costes crecientes de una guerra que se prolongaba sin final a la vista. La Administración se había negado a discutir los costes durante la preparación de la guerra, aparte de insistir en que serían mínimos. Hasta que comenzó la guerra, con pleno apoyo del Congreso, no pidieron 75.000 millones de dólares para el fondo Libertad Iraquí. Tras declarar el fin de las hostilidades y decidir una considerable reducción de impuestos, Bush le dijo al Congreso que necesitaba otros 87.000 millo-

---

<sup>102</sup> Thomas FRIEDMAN, *The New York Times* (2 de diciembre de 2004).

nes, y en mayo de 2004 otros 25.000<sup>103</sup>. En diciembre de 2004 el Pentágono estaba preparando una petición adicional al Congreso de otros 80.000 millones. Para entonces, no obstante, el déficit presupuestario estatal estaba tan fuera de control que el Pentágono se vio obligado a proponer también reducciones de gasto en armamentos diseñados para la Guerra Fría, que resultaban poco útiles en la Guerra contra el Terror<sup>104</sup>.

Dado que no se podrían elevar los impuestos, que el endeudamiento con el extranjero estaba limitado, y que la guerra no se autofinanciaba, la explotación de los privilegios de señoreaje se convirtió en la principal fuente de financiación para las guerras de Bush. Como escribía un comentarista poco después de la invasión de Iraq, un cínico podría entender la forma en que otros países estaban proporcionando a Estados Unidos bienes, servicios y activos, a cambio de trozos de papel sobrevalorados, como «una brillante conspiración estadounidense»:

Durante las décadas de los ochenta y noventa los gobernantes estadounidenses persuadieron a muchos países para que liberalizaran sus mercados financieros. Tales liberalizaciones acabaron en general en crisis financieras o monetarias, o en una combinación de ambas. Estos desastres redujeron las inversiones internas en los países afectados, provocaron un gran temor hacia el déficit por cuenta corriente y engendraron un gran deseo de acumular reservas de divisas extranjeras. La forma más segura era invertir los fondos excedentes en el país que poseía la mayor economía del mundo y los mercados de capital más líquidos. Cuando ya no se pueda persuadir a más extranjeros incautos para que financien la deuda estadounidense, el dólar se depreciará. Dado que las deudas de Estados Unidos están denominadas en dólares, cuanto mayor sea la depreciación menor será la deuda de Estados Unidos con el resto del mundo. De esta forma, la última escena de la «conspiración» será un impago parcial debido a la depreciación del dólar<sup>105</sup>.

A finales de 2004 *The Economist* situaba el declive del dólar durante los tres años anteriores en un 35 por 100 frente al euro y un 24 por 100 frente al yen, y estimaba que la cantidad de activos denominados en dólares en poder de extranjeros se situaba en torno a los 11 billones. «Si el dólar cae otro 30 por 100, como predicen algunos, ello equivaldrá al mayor impago de la historia: no un impago convencional en el servicio de la deu-

<sup>103</sup> Paul KRUGMAN, *The New York Times* (18 de mayo de 2004).

<sup>104</sup> *International Herald Tribune* (31 de diciembre de 2004). En febrero de 2005 el presidente Bush acabó pidiendo al Congreso 82.000 millones de dólares. Según las cifras compiladas por el Servicio de Investigación del Congreso, si esa petición resultaba aprobada el total de los fondos para la Guerra contra el Terror sobrepasaría los 300.000 millones de dólares: *The New York Times* (14 de febrero de 2005).

<sup>105</sup> Martin WOLF, *Financial Times* (30 de septiembre de 2003). Para análisis más detallados sobre la «conspiración» estadounidense, véase Robert WADE, «The Invisible Hand of the American Empire», *openDemocracy* (13 de marzo de 2003) y André Gunder FRANK, «Meet Uncle Sam – Without Clothes – Parading Around China and the World», disponible en <<http://www.rojas-databank.info/agfrank/noclothes.htm>>, 6 de enero de 2005.

da, sino una quiebra por ocultación, robando billones al valor de los activos denominados en dólares detentados por extranjeros.»<sup>106</sup>

Dejando a un lado el hecho de que la víctima principal de la «conspiración» ha sido Japón (miembro de la «coalición de los dispuestos»), la explotación por parte de Estados Unidos de sus privilegios de señoreaje a fin de consumir cañones y mantequilla mucho más allá de sus medios, puede posponer, pero no evitar indefinidamente, el ajuste estructural fundamental necesario para reflejar la disminución sustancial de su competitividad en la economía global. Un número cada vez mayor de observadores estadounidenses se han lamentado recientemente de esa pérdida de competitividad, no sólo en sectores de baja tecnología, intensivos en trabajo, sino también en las actividades de alta tecnología, intensivas en conocimiento, que constituyen la espina dorsal de la ventaja relativa de Estados Unidos<sup>107</sup>. Las multinacionales estadounidenses han visto cómo crecían sus ingresos y beneficios, pero conviene no olvidar que este aumento tuvo lugar ante todo en el exterior, y que estas empresas sólo pueden mantener su participación en el mercado global reinvertiendo los beneficios también en el extranjero. La revaluación de las monedas de otros países (en particular, de China) podría ayudar a Estados Unidos a recuperar competitividad en los mercados mundiales, pero las experiencias pasadas no son alentadoras:

Existen muchas pruebas de que la obsesión estadounidense con las divisas está equivocada. Desde 1976 el yen se ha triplicado aproximadamente en valor frente al dólar, pero no ha habido una mejora significativa en la posición relativa de Estados Unidos frente a Japón, la *bête noire* desde hace mucho tiempo de los fabricantes estadounidenses<sup>108</sup>.

La adecuación estadounidense a las nuevas realidades de la economía global precisa alguna combinación de nuevas depreciaciones del dólar, la revaluación de las monedas de los países con mayor superávit por cuenta corriente y una reorientación de esos excedentes, que han de dejar de financiar el déficit estadounidense para pasar a crear demanda en otros lugares, especialmente en Asia oriental. Este ajuste final puede ser «brutal», con una caída en picado del dólar, o «suave»<sup>109</sup>. En cualquier caso, provocará in-

<sup>106</sup> *The Economist* (2 de diciembre de 2004).

<sup>107</sup> Véanse, entre otros, Jean KUMAGAI y William SWEET, «East Asia Rising», *IEEE Spectrum Online* (19 de octubre de 2004); William BROAD, *The New York Times* (3 de mayo de 2004); Eduardo PORTER, *The New York Times* (6 de diciembre de 2004); David BALTIMORE, *Los Angeles Times* (29 de noviembre de 2004); Adam SEGAL, «Is America Losing Its Edge?», *Foreign Affairs* 83, 6 (noviembre-diciembre de 2004).

<sup>108</sup> James Kynge y Christopher Swann, *Financial Times*, 26 de septiembre de 2003. La reciente depreciación del dólar no ha servido apenas para disminuir el déficit comercial estadounidense. A finales de 2004, el aumento de las exportaciones durante cuatro trimestres consecutivos se veía compensado por un incremento aún más rápido de las importaciones (Daniel ALTMAN, *The New York Times* [5 de diciembre de 2004]). El resultado fue un nuevo aumento del déficit comercial estadounidense durante 2004 hasta batir un nuevo récord de 617.700 millones de dólares.

<sup>109</sup> Martin WOLF, *Financial Times* (30 de septiembre de 2003).

evitablemente una nueva disminución del control estadounidense sobre los recursos económicos del mundo, una reducción del peso y centralidad del mercado estadounidense en la economía global y un papel más secundario para el dólar como medio internacional de pago y moneda de reserva.

La Administración ha mostrado cierta conciencia de los riesgos derivados de una dependencia excesiva de la depreciación del dólar para apuntalar la competitividad estadounidense y disminuir la deuda exterior. Así, en la cumbre de Doha celebrada en junio de 2003, el secretario del Tesoro John Snow persuadió a los ministros de Finanzas de los restantes países del G-7 para que firmasen una declaración conjunta argumentando que la determinación de los tipos de cambio debía corresponder al mercado. Esa declaración fue considerada una señal de que Washington abandonaba oficialmente la política de dólar fuerte de la era Clinton, con lo que inmediatamente comenzó a caer frente a todas las monedas importantes. Pero siempre que la caída amenaza con convertirse en despeñamiento, el secretario del Tesoro repite la jaculatoria sobre la importancia de una moneda fuerte: «En los mercados nadie sabe qué significa [esol], pero sólo en el caso de que indicara un brote de intervencionismo recogerían velas y dejarían de vender dólares»<sup>110</sup>.

El desconcierto de los mercados ha sido perfectamente comprensible, dada la contradicción entre la adhesión retórica de la Administración a una moneda fuerte y la extrema laxitud monetaria y tributaria con la que ha tratado de mantener la anémica recuperación estadounidense y de financiar los crecientes costes de la Guerra contra el Terror. Esta laxitud recuerda la política estadounidense durante los últimos años de la guerra de Vietnam, cuando el secretario del Tesoro John B. Connally declaró ante una preocupada audiencia mundial: «El dólar es nuestra moneda, pero es su problema»<sup>111</sup>. Al final, no obstante, el hundimiento del dólar se convirtió en un problema también estadounidense. Durante unos días, en enero de 1980, el aumento del precio del oro hasta un máximo histórico de 875 dólares la onza pareció marcar un inminente final del patrón dólar instituido de facto en 1971, el año en que Estados Unidos abandonó su compromiso de comprar oro al precio fijo de 35 dólares la onza. Pero el dólar se recuperó rápidamente y el patrón dólar de facto ha seguido en vigor desde entonces. A la luz de aquella experiencia, la voluntad de la Administración de Bush de llevar hasta el límite el abuso de los privilegios de señoreaje puede deberse a la creencia de que, si sucede lo peor, Washington puede apartarse del abismo y disfrutar de otros veinte años de señoreaje incuestionado<sup>112</sup>.

<sup>110</sup> *The Guardian* (3 de noviembre de 2003). Aunque Snow y Bush han seguido proclamando su apoyo a un dólar fuerte, en diciembre de 2004, «muchos de los agentes presentes en los mercados consideran que sólo es retórica para salvar la cara». Véase David NASSAR, «Dollar at a Discount», página web de *CBS MarketWatch* <<http://www.marketwatch.com/avatar.asp>>, 7 de diciembre de 2004.

<sup>111</sup> Citado en Mark LANDLER, *The New York Times* (12 de diciembre de 2004).

<sup>112</sup> Esta creencia parece implícita en la declaración de Cheney, reproducida por Paul O'Neill, de que «Reagan demostró que el déficit no importa». Citado en John CASSIDY, «Taxing», *The*

## Las consecuencias del declive del dólar

En caso de un nuevo hundimiento del dólar comparable al registrado a finales de la década de los setenta sería, para Estados Unidos, sin embargo, mucho más difícil, si no imposible, retomar las riendas del sistema monetario mundial. En la década de los ochenta el dólar recuperó su posición como moneda mundial en virtud de un giro repentino y radical de la política monetaria estadounidense, pasando de la extrema laxitud a la extrema austeridad, que se vio acompañado por un aumento de la competencia estadounidense por el capital a escala mundial mediante la imposición de elevados tipos de interés, la reducción de la carga tributaria y la concesión de una creciente libertad de acción a los empresarios y especuladores capitalistas<sup>113</sup>. Pero el propio éxito de ese cambio de política para atraer cantidades enormes de capital ha hecho que Estados Unidos pase de ser un país acreedor a convertirse en el principal deudor del mundo. Los acreedores de Estados Unidos pueden pensárselo dos veces –y ciertamente lo hacen– antes de tirar de la alfombra bajo los pies de un deudor tan importante, pero, *pace* Balzac, para ellos no tendría mucho sentido redoblar sus préstamos a un país que ya les ha estafado en parte su deuda mediante una depreciación gigantesca de su moneda<sup>114</sup>. Además, habiendo ofrecido ya incentivos extraordinarios al capital, la Administración tiene poco que ofrecer en caso de un nuevo hundimiento del dólar. En estas circunstancias –endeudamiento sin precedentes y agotamiento de los incentivos– un aumento de los tipos de interés como el diseñado por Reagan provocaría una contracción doméstica mucho más severa, sin ninguna garantía de que fuera seguida por una enérgica recuperación y agravaría, por lo tanto, en vez de aliviar el declive relativo de la economía estadounidense provocado por la huida del dólar.

A esto debemos añadir que a finales de la década de los setenta había pocas alternativas viables, si es que alguna, al dólar estadounidense como moneda internacional. El euro era todavía un proyecto más que una realidad. El marco alemán y el yen japonés, en rápida apreciación, no contaban con el peso económico global ni con el apoyo institucional necesarios para convertirse en medios significativos de pago internacional y monedas de re-

---

*New Yorker* (26 de enero de 2004), pp. 23-24. También es posible, no obstante, que el abuso de los privilegios de señoreaje estadounidenses sea simplemente la consecuencia no pretendida de una situación fuera de control. «Bush parece, acertada o equivocadamente, mucho menos cómodo con la gestión económica global que trabajar en la sala de crisis de la Casa Blanca, junto a estrategias de alta graduación, sumergido en los detalles de la insurgencia iraquí o la amenaza nuclear iraní. Para mucha gente, desde Hong Kong hasta Berlín, el debilitamiento del dólar refleja una presidencia tan distraída por las cuestiones de seguridad nacional que la influencia económica estadounidense ha decaído, David SANGER, *The New York Times* (25 de enero de 2005).

<sup>113</sup> Ese cambio de política comenzó con Carter, pero no se materializó del todo hasta la presidencia de Reagan. Véase G. Arrighi, «The Social and Political Economy of Global Turbulence», cit., pp. 42-43, 63-67.

<sup>114</sup> Martin WOLF, *Financial Times* (8 de diciembre de 2004).

serva. No teniendo otro lugar adonde ir, los capitales que huían del dólar optaron por el oro, pero ninguna potencia capitalista tenía interés en una remonetización del oro en un momento de estancamiento económico mundial, especialmente teniendo en cuenta la capacidad de influencia que esa remonetización habría concedido a la URSS. En tales circunstancias, los intentos estadounidenses de preservar el patrón dólar pudieron contar con la cooperación activa de todos los gobiernos que gozaban de peso en la regulación monetaria mundial.

A este respecto, la situación actual es muy diferente. Los gobiernos que cuentan pueden estar todavía dispuestos, en gran medida, a cooperar con la Administración estadounidense en la preservación del patrón dólar, pero esta disposición descansa sobre bases diferentes –y menos favorables para Estados Unidos– que en la década de los ochenta. Como ha dicho recientemente el antiguo secretario del Tesoro Lawrence Summers, la dependencia estadounidense del dinero extranjero es «aún más perturbadora» que su dependencia de fuentes extranjeras de energía:

En un sentido real, los países que guardan monedas y títulos estadounidenses en sus bancos también tienen nuestra prosperidad en sus manos. Esa perspectiva debería hacer que los estadounidenses se sientan incómodos. Hay algo chocante en que la mayor potencia mundial del mundo sea también el mayor deudor. Cierto es, evidentemente, que los inversores y gobiernos extranjeros que financian el despilfarro de la superpotencia no tienen interés en hundir la economía estadounidense deshaciéndose de repente de sus reservas en dólares; la consiguiente crisis financiera dañaría seriamente sus propias economías. Pero tras salir finalmente del equilibrio militar del terror de la Guerra Fría, Estados Unidos no debería aceptar fácilmente, si se puede evitar, una nueva versión de la destrucción mutuamente asegurada<sup>115</sup>.

De hecho, para Estados Unidos resulta mucho más difícil resolver a su favor el nuevo «equilibrio del terror» de lo que lo fue en el caso de la confrontación con la Unión Soviética. Como he señalado anteriormente, la ventaja decisiva de Estados Unidos durante la Guerra Fría era financiera, pero en la nueva confrontación el poder financiero se inclina, no en favor, sino en contra de Estados Unidos. Si los abusos estadounidenses de sus privilegios de señoreaje dan lugar de nuevo a un hundimiento del dólar, los gobiernos europeos y de Asia oriental están en una situación mucho mejor que hace veinticinco años para crear alternativas viables al patrón dólar. La participación del euro en las reservas oficiales de divisas ha venido creciendo continuamente, desde el 13,5 por 100 del total en 1999 hasta el 19,7 por 100 en 2003; la economía del área del euro es ahora aproximadamente equivalente a la de Estados Unidos, y evaluada en dólares está creciendo más rápidamente; a diferencia de Estados Unidos, la eurozona es un acreedor neto. Debemos, sin embargo, tener presente que en estas cuestiones la

---

<sup>115</sup> Lawrence SUMMERS, «America Overdrawn», *Foreign Policy* 143 (julio-agosto de 2004), pp. 46-49.



inercia es la regla y que el destronamiento del dólar no requiere que haya una única moneda que lo sustituya. Como indica *The Economist*:

Desalojar a la moneda en vigor puede llevar años. La libra esterlina mantuvo un papel internacional decisivo durante al menos medio siglo después de que el PIB estadounidense superara al de Gran Bretaña a finales del siglo XIX; pero finalmente perdió su *status*. Si Estados Unidos mantiene su actitud despilfarradora, es probable que el dólar sufra un destino similar; pero en el futuro no es probable que sea una sola moneda, como el euro, la que lo reemplace. El mundo podría optar más bien por un sistema de múltiples monedas de reserva, entre ellas el dólar, el euro y el yen (o incluso el yuan dentro de algún tiempo) [...]. Así pues, quizá se pueda controlar un lento y continuo abandono del dólar; pero si Estados Unidos sigue mostrando tal desprecio hacia su propia moneda, lo que se producirá será un rápido declive del dólar y un aumento de los tipos de interés en Estados Unidos<sup>116</sup>.

En resumen, la Administración de Bush puede pensar, como muchos de sus críticos, que un dólar a la baja no es un problema para Estados Unidos sino, por el contrario, un medio muy eficaz de obligar a los amigos y enemigos a financiar el esfuerzo de guerra y el crecimiento económico de Estados Unidos. En realidad, el descenso del dólar desde 2000 es la expresión de una crisis mucho más seria de la hegemonía estadounidense que la que tuvo lugar durante la década de los setenta. Ya sea gradual o repentino, es la expresión (y un factor) de la pérdida relativa y absoluta de la capacidad estadounidense de mantener su centralidad en la economía política global. A fin de valorar con más detalle el alcance y la naturaleza de esa pérdida, debemos desplazar el objeto de nuestra atención hacia lo que, retrospectivamente, podría muy bien parecer el mayor fracaso del proyecto imperial neconservador: el fracaso a la hora de impedir que China se convierta en un nuevo centro potencial de la economía política global.

### *El síndrome de China*

En vísperas del 11 de Septiembre John Mearsheimer concluía *The Tragedy of Great Power Politics* —el más ambicioso producto de la teorización reciente sobre las relaciones internacionales de Estados Unidos— con un pronóstico y una prescripción relativas a las eventuales consecuencias para el poder estadounidense del ascenso económico de China:

China está todavía muy lejos del momento en que pueda contar con un poder [económico] suficiente para aspirar a la hegemonía regional. Así pues, para Estados Unidos no es todavía demasiado tarde para [...] hacer cuanto pueda para frenar el ascenso de China. De hecho, los imperativos estructurales del sistema internacional, que son poderosos, obligarán probablemente a Estados

---

<sup>116</sup> «Disappearing Dollar», *The Economist* (2 de diciembre de 2004); véase también Rachel KONING, página web de *CBS MarketWatch* (7 de septiembre de 2004).

Unidos a abandonar su política de compromiso constructivo en el futuro próximo. De hecho, hay signos de que la nueva Administración de Bush ha dado sus primeros pasos en esta dirección<sup>117</sup>.

Así pues, la Administración de Bush, empantanada en el cenagal iraquí, se ha visto obligada a reforzar en lugar de abandonar su compromiso constructivo con China. Antes y después del encuentro en 2003, en Bangkok, de la Cooperación Económica en la región Asia-Pacífico, Bush rondó –geográfica y retóricamente– al país que en otro tiempo estaba en el centro de la política de seguridad nacional de su administración<sup>118</sup>. Como observó el *Financial Times*, ése fue «un giro significativo» para un presidente «que llegó a la Casa Blanca pregonando su alejamiento de la política de Clinton de compromiso con China, insistiendo durante las primeras semanas de su presidencia en que ésta era un “competidor estratégico” para Estados Unidos». Antes del 11 de Septiembre la Administración había multiplicado sus iniciativas hacia la India en un intento de crear un contrapeso a China; pero a partir de esa fecha la política de equilibrio de poder quedó subordinada a la Guerra contra el Terror. A medida que las cuestiones de seguridad en Asia occidental iban pesando cada vez más sobre la Administración de Bush las advertencias con respecto a la amenaza china dejaron paso a un compromiso mucho mayor con Pekín que en tiempos de Clinton. El giro fue tan completo que la Casa Blanca comenzó a proclamar que tenía «mejores relaciones con China» que cualquier otra administración anterior desde que Nixon estableció relaciones con la RPCh<sup>119</sup>.

---

<sup>117</sup> John Mearsheimer, *The Tragedy of Great Power Politics*, Nueva York, 2001, p. 402. Su argumentación se hacía eco de la declaración de Wolfowitz en 1992 de que el objetivo de la política exterior debería ser «evitar que cualquier potencia hostil domine una región cuyos recursos bastaran para generar, bajo un control consolidado, un poder global». Citado en Chalmers Johnson, *The Sorrows of Empire*, cit., pp. 85-86. Mearsheimer reiteró su opinión en una entrevista concedida ocho meses antes del 11 de Septiembre: «Estados Unidos se esforzará [...] por contener a China e impedir que llegue a ser un serio competidor, como lo hizo con la Alemania imperial en la Primera Guerra Mundial, con el Japón imperial en la Segunda Guerra Mundial, y con la Unión Soviética durante la Guerra Fría». Al mismo tiempo reconocía que «sería casi imposible frenar el crecimiento económico chino». Una estrategia más eficaz para Estados Unidos, declaró, sería establecer una «coalición equilibradora» política y militar en la que estuvieran incluidos Japón, Vietnam, Corea, India y Rusia. Estados Unidos podría entonces apoyar a Rusia en una disputa fronteriza con China, respaldar a Japón en una controversia con China sobre las líneas marítimas de comunicación, o «ir a la guerra para defender a Taiwán». Véase Harry KREISLER, «Through the Realist Lens», *Conversations with History: Conversation with John Mearsheimer*, Institute of International Studies, UC Berkeley, 8 de abril de 2002; disponible en <<http://globetrotter.berkeley.edu/people2/Mearsheimer/mearsheimer-con0.html>>.

<sup>118</sup> «En el primer borrador de la Guía de Política de Defensa redactado por Paul Wolfowitz y Lewis Libby en 1992, no estaba claro cuál iba a ser el nuevo rival más probable de la supremacía estadounidense; entre los candidatos estaban Europa y Japón y también China. Pero cuando entró en funciones la Administración de Bush II, los defensores de esta doctrina de la supremacía sólo veían un posible competidor en el próximo futuro: China.» John GERSHMAN, «Remaking Policy in Asia?», *Foreign Policy in Focus* (noviembre de 2002); disponible en <<http://www.fpiif.org/pdf/papers/SRAsia.pdf>>.

<sup>119</sup> *Financial Times* (17 de octubre de 2003).

Evidentemente, el Pentágono ha seguido advirtiendo que «Pekín ha ampliado mucho su arsenal de misiles balísticos cada vez más precisos y letales y de aviones de largo alcance dispuestos para una actuación inmediata en caso de que el EPL tenga que entrar en guerra antes de que se hayan cumplido plenamente sus aspiraciones de modernización». Más importante aún es que la Guerra contra el Terror ha ayudado a Estados Unidos a «prepararse para China», como ha subrayado John Gershman, mediante el desarrollo de una red de bases militares en Asia central inimaginable antes del 11 de Septiembre, el fortalecimiento de los deteriorados lazos militares con Filipinas, un presupuesto de defensa muy ampliado y el resurgimiento de la Iniciativa de Defensa Estratégica de Reagan: «Si China es el enemigo del futuro, Estados Unidos se ha dotado de mucho de lo que quería, sin decir que China es tal enemigo»<sup>120</sup>.

### La influencia de Pekín

Sin embargo, cuanto más se involucra Estados Unidos en la Guerra contra el Terror y más depende de los créditos y artículos baratos procedentes del exterior, más éxitos cosecha China a la hora de generar un «imperativo estructural» de un tipo diferente a los considerados por Mearsheimer. Como ha señalado Paul Krugman, el hecho de que el secretario del Tesoro estadounidense acudiese a Pekín para demandar una revaluación del yuan y volviese sin obtener respuesta, se debió en parte a que el superávit comercial de China con Estados Unidos se veía compensado en gran medida por su déficit comercial con otros países, pero, por otro lado, no hay que olvidar que

Estados Unidos tiene, actualmente, poca influencia sobre China. Bush necesita la ayuda china para tratar con Corea del Norte [...] actualmente además, la compra de títulos del Tesoro por el Banco central chino es una de las formas principales con que Estados Unidos financia su déficit comercial [...]. Cuatro meses después de la invasión de Iraq, la superpotencia suplica ahora a países que acostumbraba a insultar<sup>121</sup>.

Además, la administración sabe que imponer aranceles a las importaciones chinas, como forma de presión en favor de la revaluación, sería una iniciativa contraproducente. Como ha declarado repetidamente el asesor económico de Bush, Greg Mankiw, la mayoría de los empleos estadounidenses se

---

<sup>120</sup> *Financial Times* (17 de octubre de 2003). Una de las afirmaciones clave del Documento Estratégico de Seguridad Nacional de 2002 —nuestras fuerzas serán lo bastante fuertes para disuadir a los adversarios potenciales de pretender un reforzamiento militar con la esperanza de sobrepasar o de igualar al poder de Estados Unidos— tampoco mencionaba a China. Sin embargo, como observa David Sanger, es difícil imaginar qué Estado podría estar más cualificado que China como rival potencial de Estados Unidos: *The New York Times* (20 de septiembre de 2002).

<sup>121</sup> Paul KRUGMAN, *The New York Times* (11 de diciembre de 2003).

han perdido en industrias –maquinaria, equipos de transporte, semiconductores– en los que la competencia china no es intensa. Además, una revaluación del yuan sólo serviría para sustituir las importaciones chinas por las de otros proveedores extranjeros más caros. El resultado sería un aumento de la inflación en Estados Unidos, una nueva pérdida de competitividad estadounidense y una reducción más que un incremento del empleo<sup>122</sup>.

Los efectos combinados de la fuerte posición económica china y los problemas de Washington en Asia occidental se reflejan no sólo en las relaciones mutuas de ambos países, sino también en su actitud respectiva hacia terceros. En vísperas de la cumbre de la APEC en Bangkok en 2003, *The New York Times* informaba que los líderes políticos y económicos de Asia consideraban que la hegemonía estadounidense «se había erosionado sutil pero inequívocamente y que los países asiáticos [miraban] hacia China como la potencia regional cada vez más vital». Aunque Estados Unidos seguía siendo el mayor socio comercial de la región, China iba recortando rápidamente distancias, especialmente en relación con los dos aliados estratégicos más importantes de Estados Unidos, Japón y Corea del Sur. Más relevante aún es que la percepción local de la situación ha experimentado un giro radical. Un destacado hombre de negocios de Singapur, que un año antes había acusado a China de ser «una fuerza destructora que asfixia las economías más débiles del sureste de Asia», ahora presentaba un panorama muy diferente: «Se percibe que China está haciendo cuanto puede por complacer y auxiliar a sus vecinos, mientras que se observa a Estados Unidos como un país involucrado en su propia política exterior, que trata de involucrar coercitivamente a todos en su propia agenda»<sup>123</sup>. Al mismo tiempo, el «ascenso de Asia» era saludado por el principal analista del *Financial Times* como «el principal acontecimiento económico de nuestra época»:

Si las cosas siguen como durante las últimas décadas, se acabarán los dos siglos de dominio global de Europa y después de su retoño norteamericano. Japón no era sino el heraldo del futuro asiático. Este país se ha demostrado demasiado pequeño e introvertido para transformar el mundo. El que le sigue –China– no es una cosa ni otra [...]. Europa fue el pasado; Estados Unidos, el presente y Asia, dominada por China, es el futuro de la economía global. Ese futuro parece inevitable. Los grandes interrogantes son cuándo y cómo se producirá esa transición<sup>124</sup>.

Ese futuro centrado en Asia puede no ser tan inevitable como parece creer Wolf, pero hay signos del declive de la influencia estadounidense, incluso en la esfera cultural, en la que el atractivo norteamericano –desde las películas de Hollywood hasta la emisora musical MTV– sigue siendo el más

<sup>122</sup> *The Economist* (11 de diciembre de 2003).

<sup>123</sup> Jane PERLEZ, *The New York Times* (18 de octubre de 2003).

<sup>124</sup> Martín WOLF, *Financial Times* (22 de septiembre de 2003).

fuerte. Un número creciente de asiáticos, disuadidos de visitar Estados Unidos por las dificultades en obtener visados desde el 11 de Septiembre, han estado viajando a China como estudiantes y turistas. Los intercambios culturales van en ambos sentidos: los chinos se están convirtiendo en el principal grupo de turistas en la región, y los estudiantes asiáticos se benefician de crecientes oportunidades de educación superior en China, mientras que los estudiantes chinos de clase media que no pueden pagar las altas tasas estadounidenses acuden a universidades del sureste de Asia<sup>125</sup>.

## El comercio mundial se inclina hacia el este

Pero es, en la esfera económica, donde el aumento de la influencia china es más notable. Una tercera parte del incremento total del volumen de las importaciones mundiales durante los últimos tres años ha correspondido a China, que se ha convertido así en la «locomotora para el resto de Asia oriental», que es donde se concentra la mayor parte de sus importaciones; las exportaciones a China, por otro lado, han desempeñado un gran papel en la reciente recuperación económica de Japón<sup>126</sup>. Pero la importancia de China frente a Estados Unidos está creciendo rápidamente también fuera de la región de Asia oriental. El comercio con la India ha pasado de 300 millones de dólares hace una década a 13.600 millones en 2004, lo que ha supuesto un giro de 180 grados en las relaciones entre ambos países y un compromiso mutuo sin precedentes en el ámbito gubernamental y empresarial<sup>127</sup>. El fracaso de Washington en su intento de controlar el «grifo global del petróleo» en Asia occidental quedó marcado espectacularmente por la firma de un importante acuerdo petrolífero entre Pekín y Teherán en octubre de 2004. Más al sur, el petróleo acicatea la penetración china en África. Tan sólo en 2003, el comercio entre China y África aumentó casi un 50 por 100, hasta 18.500 millones de dólares. Cada año llegan más empresarios chinos a África a invertir allí donde las empresas occidentales se muestran poco interesadas; por otra parte, el gobierno chino ofrece ayuda al desarrollo sin las restricciones habituales de la ayuda occidental (excepto la exigencia de que no se reconozca a Taiwán). Los dirigentes africanos miran cada vez más hacia Oriente en busca de comercio, ayuda y alianzas políticas, debilitando los lazos históricos del continente con Europa y Estados Unidos<sup>128</sup>. Igualmente significativa es la penetración china en Sudamérica. Mientras que Bush sólo dedicó una efímera visita a la asamblea de la APEC en Chile en 2004, Hu

<sup>125</sup> Jane PERLEZ, *The New York Times* (3 de diciembre de 2004).

<sup>126</sup> *The Economist* (2 de diciembre de 2004). En 2004, China superó a Estados Unidos convirtiéndose en el mayor socio comercial de Japón desde que se guardan registros: *Financial Times* (26 de enero de 2005).

<sup>127</sup> Anna GREENSPAN, *International Herald Tribune* (14 de septiembre de 2004); N. VIDYASAGAR, *Times of India* (9 de febrero de 2005).

<sup>128</sup> John MURPHY, *Baltimore Sun* (23 de noviembre de 2004).

Jintao pasó dos semanas visitando Argentina, Brasil, Chile y Cuba, anunció nuevas inversiones por valor de más de 30.000 millones de dólares y firmó contratos a largo plazo que garantizarán a China el abastecimiento de materias primas vitales. Los acuerdos políticos parecían avanzar más rápidamente con Brasil, donde Lula ha lanzado repetidamente la idea de una «alianza estratégica» con Pekín<sup>129</sup>.

En 2003 la Unión Europea preveía que China podría superar a Estados Unidos como principal socio comercial en 2010<sup>130</sup>. De hecho, si el comercio entre la UE y China sigue creciendo tan rápidamente como durante el primer semestre de 2004 (con un espectacular aumento del 44 por 100), cada uno de ellos se convertirá en el principal socio comercial del otro en 2005. Además, la UE es el mayor proveedor extranjero de tecnología y equipamientos a China, y uno de los principales inversores extranjeros directos allí. Estos lazos económicos cada vez más estrechos, combinados con su designación mutua como «socios estratégicos» y con las frecuentes reuniones y visitas de Estado han propiciado que se hable de un eje emergente «China-Europa» en los asuntos mundiales. «Eje» puede ser una palabra demasiado fuerte, pero, si tal alianza llega a producirse, será, en gran medida, debido a la percepción común de que la política financiera y militar estadounidense constituye una seria amenaza para la seguridad y prosperidad del mundo. Como explicaba un funcionario de la Comisión Europea: «Estados Unidos es la parte silente en todas las cumbres UE-China, no porque le obliguemos a ello, sino por nuestro común interés en desarrollar el multilateralismo y en poner límites al comportamiento estadounidense»<sup>131</sup>.

China ha comenzado a superar también a Estados Unidos como promotor de la liberalización del comercio multilateral: a escala regional, ha buscado la integración con los países de la ASEAN acordando con ellos un tratado de amistad y cooperación, al tiempo que estrechaba lazos económicos con Japón, Corea del Sur e India; en el plano global se ha unido a Brasil, Sudáfrica e India dirigiendo en la asamblea de la OMC celebrada en Cancún en 2003 la ofensiva del G-20 contra el doble rasero del Norte, que impone la apertura de mercados del Sur mientras sigue siendo ferozmente proteccionista, en primer lugar y ante todo en la agricultura, que es donde el Sur tiene la mayor ventaja comparativa. A este respecto, la actitud de China contrasta fuertemente con el abandono por parte de Estados Unidos de las negociaciones multilaterales en favor de acuerdos bilaterales, decisión destinada a quebrar la alianza del Sur surgida en Cancún, o a obtener apoyos para la Guerra contra el Terror. El 4 de julio de 2004,

<sup>129</sup> Durante una visita de Estado a China en mayo de 2004, Lula dijo que Brasil pretendía «una alianza que integre nuestras economías y sirva como paradigma para la cooperación Sur-Sur», Larry ROHTER, *The New York Times* (20 de noviembre de 2004). Véase también Richard LAPPER, *Financial Times* (10 de noviembre de 2004).

<sup>130</sup> Art PINE, *The International Herald Tribune* (3 de noviembre de 2003).

<sup>131</sup> David SHAMBAUGH, «China and Europe: The Emerging Axis», *Current History* 103, 674 (septiembre de 2004), pp. 243-248.

Día de la Independencia en Estados Unidos, un artículo de portada de *The New York Times Magazine* llegó a oponer al nuevo siglo americano de los neoconservadores el anuncio del inminente «siglo chino»:

La economía estadounidense es casi ocho veces la de China [...]. Los estadounidenses ganan, per cápita, 36 veces lo que los chinos. Y también se pueden observar muchos obstáculos potenciales en la vía china. Sus bancos pueden venirse abajo; sus pobres y sus minorías pueden rebelarse; la arrogante Taiwán y la lunática Corea del Norte pueden empujarla a la guerra. Estados Unidos puede imponer aranceles a todo lo que China nos vende. Así y todo, dejando a un lado la posibilidad de [...] un cataclismo nuclear, es probable que nada pueda frenar a China durante mucho tiempo. Desde 1978 [...] ha pasado de estar prácticamente ausente del comercio internacional a convertirse en el tercer país más activo del mundo, por detrás de Estados Unidos y Alemania y por delante de Japón [...]. Veintiuna recesiones, una depresión, dos hundimientos del mercado de valores y dos guerras mundiales fueron incapaces de bloquear el crecimiento económico estadounidense durante el siglo pasado [...]. China parece destinada a un crecimiento similar en éste. Aunque el pueblo chino no tenga, en promedio, la riqueza del estadounidense, y aunque Estados Unidos siga desempeñando un papel protagonista en la economía y dirigente en tecnología, China será un competidor cada vez más formidable. Si hay algún país capaz de sustituir a Estados Unidos en el mercado mundial, es China<sup>132</sup>.

En resumen, lejos de servir para establecer los cimientos de un segundo siglo americano, la ocupación de Iraq ha socavado la credibilidad del poderío militar estadounidense así como la centralidad de Estados Unidos y su moneda en la economía política global, y ha fortalecido la tendencia hacia el surgimiento de China como alternativa al liderazgo estadounidense en Asia oriental y más allá. Habría sido difícil imaginar un fracaso más rápido y completo del proyecto imperial neoconservador; pero aun cuando la actual apuesta de la Administración de Bush por la supremacía global quedará probablemente en la historia como una de las diversas «burbujas» que han ido marcando la crisis terminal de la hegemonía estadounidense, su estallido no significa que las circunstancias históricas mundiales que generaron el Proyecto del Nuevo Siglo Americano se hayan evaporado, ni que Washington haya dejado de ser el principal protagonista en los asuntos mundiales. Aunque ya no sea hegemónico en el sentido en que hemos utilizado ese término, Estados Unidos sigue siendo la principal potencia militar del mundo y mantiene una considerable influencia en el nuevo «equilibrio del terror» que vincula su política económica a la de sus financiadores y competidores extranjeros. A fin de identificar los posibles usos futuros de este poder residual, así como sus probables consecuencias, debemos examinar los procesos históricos que subyacen a la relación entre capitalismo e imperialismo, y eso es lo que haremos en la segunda parte de este artículo.

---

<sup>132</sup> Ted FISHMAN, «The Chinese Century», *The New York Times Magazine* (4 de julio de 2004).